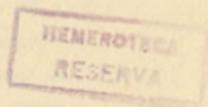


ORIGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA



FORTOLARI RO - 55

ORÍGENES

REVISTA DE ARTE Y LITERATURA

DIRECTOR:

JOSÉ LEZAMA LIMA

CONSEJO DE COLABORACIÓN:

ELISEO DIEGO

FINA GARCÍA MARRUZ

ÁNGEL GAZTELU

LORENZO GARCÍA VEGA

JULIÁN ORBÓN

OCTAVIO SMITH

CINTO VITIER



Todas las colaboraciones y traducciones
son inéditas.



Ejemplar suelto \$ 0.50



Redacción y Administración:

JOSÉ LEZAMA LIMA

Trocadero, 162, bajos

La Habana - Cuba

Inscripta como correspondencia de 2ª clase
en la Admón. de Correos de La Habana

Talleres:

Impresores: ÚCAR GARCÍA, S. A.

Teniente Rey, 15 — La Habana, Cuba

SUMARIO

ELISEO DIEGO: *El Rey*

FINA GARCÍA MARRUZ: *Oda*

PAUL CLAUDEL: *El canje*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *Paradiso*

ALCIDES IZNAGA: *Lapsus*

ÁNGEL HUETE: *Las definiciones*

MANUEL RODRÍGUEZ MANCEBO: *La Sima*

ARMANDO ROJO LEÓN: *Alegoría*

ROGELIO LLOPIS: *El buey*

NOTAS

FRANCIS DE MIOMANDRE: *Sobre «El Monte», de Lydia Cabrera*

JOSÉ LEZAMA LIMA: *En una exposición de Roberto Diago*

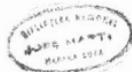
Portada de RENÉ PORTOCARRERO

ORÍGENES

AÑO XII

LA HABANA, 1955

NUM. 39



El Rey

Para Agustín Fi

EL MAESTRO se arrellanó con trabajo en su asiento mientras contemplaba las crines admirables de los dos caballos. Poderosos, ágiles, uno negro, el otro blanco, aquel despliegue de fuerzas parecía excesivo para el landó maltrecho. La estación fué desvaneciéndose a la otra parte de los álamos y a poco cruzaban entre sembrados geométricos, de distintos tonos de verde y ocre, por los que vagaban al azar unos peones, negros bajo sus anchos sombreros de paja. Cuadrados, peones, la ridícula asociación mereció una sonrisa amarga: ¡cómo desentenderse del juego!; y cuando, un momento después, volvió a existir el amigo que ponderaba a solas, con vigoroso entusiasmo, las excelencias del ricacho cuyos huéspedes eran—y a quien pertenecían el landó, la tierra y los peones—, fué preciso recordar además con disgusto el mote que ganara ese rostro sólido, en tiempos ya demasiado lejanos. ¡El Obispo! Nada bueno podía esperarse de un Obispo—según lo demostraba la Catástrofe reciente—ni de sus vasallos o amigos, por aristocráticos que fuesen. Mover la torre a la casilla del Rey, que es la que se ve a la izquierda. Y, en efecto, sobre la fronda emergió la maciza Torre que daba nombre a la finca.

*

La luz del pequeño globo de gas iluminaba sólo el tablero y sus inmediaciones; en el área de penumbra perdíanse los altos estantes y mos-

queaba el Obispo, a un tiempo intranquilo y estúpidamente satisfecho. He ahí el único responsable de esta partida grotesca, meditó el Maestro, mirándolo con rencor mal oculto; su culpa se agravaba hasta lo enorme por cuanto sobre sus hombros yacía la responsabilidad toda del viaje, que el propio Obispo proyectó como un descanso absoluto si no fulminante. Pero ya el anfitrión iniciaba la apertura.

De pie en el portal de la vasta casa de vivienda lo había esperado el anfitrión, pulcro, con el finísimo sombrero de paja en la mano. Era un hombre gigantesco, de facciones regulares, aunque curiosamente desiertas; uno podía imaginar que detrás de la gran máscara hueca se agazapaba un animal muy tímido y torpe, que corría sin tino de una órbita a otra. Esta ilusión permitió que el Maestro no se sintiese inerte en su fragilidad augusta; si bien su aplomo se derrumbó tan pronto fué presentado a la Señora. Si el anfitrión era inmenso, a su mujer sólo cabía describirla como formidable; si aquel callaba y miraba a escondidas, ella tronaba nítida con ojos relampagueantes; y tenía además una extraña gracia dentro de sus proporciones, y una movilidad que escapaba a todo cálculo y resplandecía en cada rápida palabra. La primera tarde, que transcurrió en la delicia de los sillones de mimbres, bajo los mangos, fué animada por sus peregrinas reminiscencias de los balnearios de Europa, que el Maestro escuchó benevolente, haciendo guñar su tabaco al unisono con los parpadeos de Venus, semioculata en un bosquecillo lejano. La voz fresca, enredándose y avanzando a través de los giros graciosos, familiares, le reprochaba de algún modo sus angustias de la llegada, por las que llamó salvajes a estos señores en verdad aristocráticos, al ver que junto a la Torre se abría de improviso un abismo infinito que cruzó el landó sobre un puente de madera endeble sin el menor asomo de baranda.

¿Cómo, después de los primeros días que horraron casi las amargas trastadas del Torneo, cómo pudo engendrarse nunca esta escena? Cierta que las cosas habían vuelto a mostrar desde la víspera su oreja perversa. El piso del comedor, por ejemplo, estaba compuesto en cuadrados de mármol blanco y negro; y durante las maniobras del servicio tanto el mayordomo como sus acólitos ocupaban casualmente el centro de cada casilla—las que sumaban, por lo demás, sesenta y cuatro, haciendo así del comedor un tablero perfecto. Poco a poco la atención del Maestro fué distrayéndose de las delicias del pescado a los movimientos del servicio. Era un esfuerzo improductivo, ya morboso, pero no podía evitarlo,

por más que se esforzase. Para coronación, aquella misma mañana, su amigo llegó tarde a la mesa y se detuvo, perplejo, en la casilla justa en que ocurriría el Desastre—el ruinoso sacrificio del Alfil que le costara el Torneo. Su irritación se desbordó entonces en un acto grosero: se había levantado de la mesa con un golpe.

El bochorno apenas lo dejó vivir el resto del día. Era inútil que se justificase alegando la tonta demora del Obispo y lo infinito de su pausa en la maldita casilla; era inútil que pretendiese ver en aquella pausa una alusión burlesca o desdenosa de que sabía incapaz a su amigo. Por la tarde, después de unas explicaciones mal hechas y delicadamente recibidas, solicitó examinar, como un gesto de desagravio, los célebres trabajos de que tanto le hablara el Obispo en el tedio del viaje; y que hasta entonces sólo habían merecido su indiferencia. El ansioso Señor de la Torre los fué colocando con dedos inquietos sobre un brocado rojo. Mostraba un orgullo tan sencillo, un deseo de agradar tan ingenuo, que el Maestro, el propio Maestro y no otro, propuso una partida amigable para que se desplegasen mejor las piezas. Estas eran sin duda muy antiguas, pero en modo alguno poseían el exquisito diseño de las que el Maestro utilizaba en los torneos. Su valor consistía más bien—aparte el tiempo muy espeso—en cierta tosa realidad, no realismo, ciertamente, que hacía casi desagradable su contacto. Y así estaban ahora, en el crepúsculo marchito de la biblioteca, enredados en la partida absurda.

Mientras pasaba revista a sus agravios el Maestro realizaba mecánicamente los movimientos del Gambito del Caballo del Rey, escogido por su inútil víctima, a quien cedió imperial las piezas blancas. El tablero, aunque de manufactura muy posterior, era a su modo aun más extraño que los trebejos mismos; estaba hecho de un metal grueso, pesado y brillante, con las casillas abiertas al fuego en la materia. De su contemplación se alzó a la quinta jugada, temblando literalmente de rabia.

El Señor de la Torre adolecía de una curiosa costumbre al jugar: su enorme mano permanecía cerniéndose sobre el tablero hasta que, decidido el movimiento, comenzaba a descender aun vacilante hacia la pieza. En la quinta jugada el gesto pareció extenderse sin término: fué así que el Maestro percibió cómo el caballo vibraba—temblaba imperceptiblemente en su casilla con viva impaciencia.

“Esto es una burla infame”, gruñó levantándose con un ligero golpe. “Una trampa pueril e infame”. Todo en torno quedó inmóvil, hasta que el Señor de la Torre, volviendo la cara, se levantó a su vez torpe-

mente. Estaba pálido y farfullaba a borbotones ineficaces. La puerta se abrió de pronto en una ráfaga y sonó como una campana la voz de la Señora: "Se marcha usted en seguida. El landó lo espera."

Acorralado y resoplando de vergüenza el Maestro corrió al portal. Ya estaban encendidos los faroles negros de aceite y a su luz mortecina aparecía el portal repleto de peones—que por lo visto habían contemplado la partida a través de las grandes vidrieras de la biblioteca. El Maestro tuvo que esperar en medio de esta multitud a que terminaran de echar sus bártulos en el landó. Los peones no decían palabra, pero se movían rítmica y lentamente, como rebosantes de furia. Aun entonces, raído por el rencor y el miedo, las tenacillas del hábito lo forzaron a evocar las posiciones finales. Y con un nuevo sobresalto, si fuese esto posible, recordó que al salir había mirado por última vez el tablero, observando, sin comprenderlo bien, que faltaban inexplicablemente tres piezas: dos caballos y uno de los peones. Pero ya el mayordomo lo ayudaba a subir, o mejor, lo echaba en el landó junto a sus bártulos.

¿Y su amigo, su buen amigo que lo trajera a este sitio abominable? Allí estaba en el portal, rodeado por los peones. ¿Y era aquella una sonrisa de burla o una mueca, advertida apenas antes de que la borrasen los mangos?

Salvajes los dos caballos se abalanzaron a un galope frenético, las crines coléricas a través del viento; entre la sombra creció la maciza silueta bamboleante de la Torre. Con terror el Maestro recordó la inminencia del abismo, el puente frágil, y quiso advertir al cochero; mas lo disuadió la disciplina del cuello rígido, impávido junto a la demencia de las bestias. "El peón y los dos caballos por el Rey: es bien poco", murmuró el Maestro. "Por el Rey", dijo sonriendo. Luego añadió: "Terminemos esta pobre partida decentemente". Y se reclinó despacio, inclinando aun más la cabeza para contemplar mejor la precipitación de los astros, que, de pronto, parecieron acercarse, enormes, a su rostro tranquilo.

ELISEO DIEGO

Oda

¿Cuándo podré penetrar, en el aire no voluptuoso,
los acantilados blancos en que la espuma rompe
los diálogos de Esquilo y los rehace gritando
como un ave salvaje por los vanos del desgarro?

¿Cuándo penetraré, sin dulzura, en los ágiles
bosquecillos gibosos que el soplo del otoño
salta como un carruaje en el ímpetu de la mañana
lejos del loor fúnebre, los dados bajo el pórtico?

¿Cuándo, sin cautos pasos, podré dejar la estancia
morada, con el libro en la mesa detenido,
y podré ver los cielos rápidos de la alegría,
la salpicadura que rompe el avaro bruñir?

¿Cuándo, sobre el torpor de nimiedad, la ardilla
cabeceando en la nuez, veré la explicación,
y callarán Las Suplicantes los atroces chillidos
que han cambiado así tu Rostro ahora cubierto por las lágrimas?

EDIPO

El lugar del encuentro es una victoria oscura.
¿Es posible que lo que nos espera
no aguarde en el final de nuestros pasos
sino de nuestra huida?

El lugar del destino no es el del cumplimiento
de los días. Es tan sólo el encuentro despiadado
con aquel de que huíamos
a toda prisa—los andurriales
dándonos hurras gritan—, con aquel de que huímos

A LOS LIBROS ME VUELVO...

A los libros me vuelvo con la tímida
mano cansada, a abrirlos sin deseos
ya de saber, a apacentarme en esos
familiares, lanudos signos que me besaron
tantas veces los ojos otro tiempo,
a su paz, a su sombra me devuelvo,
a ver si puedo recordar, si puedo
comer, y me harte al fin su silencio. ✓
Libro del aprender iluso y sobrio, ✓
tu gran página abrí cual puerta antigua, ✓
cual puerta de jardín: me echó en el suelo ✓
único aroma, fe que no traiciono, ✓
y aquí estoy, de prestado, tu buen tiempo ✓
respirando, y oliendo, respirando. ✓

A G O S T O

Agosto, si agostada tu carrera
recorriste los días repetidos
una vez más, deja tocar el trillo

santo de tu costumbre y en la misa
implacable y diurna al oficiante
vea de tu verdor, —las palabras iguales
repitiendo en el tedio— dime, enseña
a hacer lo mismo sin que se nos hiele
la mano, el alma de sí misma herida,
y de la impura exaltación borrando
nuestra nada en su espejo enardecida,
vengas tú, bestia fiel, contra mi pecho,
tu cabezazo sienta, y entre tus tristes ojos,
oiga el silbo que oíste, y obedezca.

FINA GARCÍA MARRUZ

El Canje

(Continuación)

Marta.—¡Oh casa!
¡Oh lecho de los padres muertos donde
ya nadie dormía, y mesa que estaba en
el comedor!

¡Oh morada paterna más allá de estas
aguas, y muros que los árboles desbordant!
Considerad este tratamiento injurioso.

¡Oh injuria!
¡Oh injuria! ¡oh bofetada en la boca!
¡oh golpe! ¡oh amor despreciado! ¡odio
en el corazón de aquél que me es muy
querido!

¡Oh Laine, te veo de pronto, de tal
modo que estoy deslumbrada!

¡No me odies!
¿Qué te he hecho? ¡No me odies por-
que no te soy dulce, sino amarga!

Estoy en tu poder. ¡No me entregues
a otro!

No me conduzcas a él por la mano, di-
ciendo:

"Es tuya.
¡Mira, toma! Y tú, vive con él y él
te hará entrar en su habitación."

Luis Laine.—¡Marta!
Marta.—¡Vergüenza! ¡vergüenza! ¡oh
vergüenza!

Luis Laine.—¡No hables así!
Marta.—Te lo digo, has hecho mal.

Dices que no quieres darme pena y
dolor,

Pero es eso mismo lo que espero de ti,
y esa parte es la mía.

El niño
Grita y juega en libertad, y le gusta
comer lo que le parece bueno y dormir
a su antojo.

Pero es de razón que llegando a la edad
debidá el joven
Sienta, viendo el rostro de la mujer,
Esa alegría,

Y que en él como una potencia se con-
mueva y que la mire, como de noche, en
abril,

Bajo el rayo se ve el jardín blanco.
Sabiamente la naturaleza lo ha dispu-
sto así.

Pues es una cosa bella y excelente, y
es de razón que él la abraza con llantos
y sollozos.

Pues estaba solo y era dueño de sí
mismo,

Y he ahí que alguien está siempre a su
lado, compartiendo hasta su lecho cuando
duerme, y los celos lo urgen y lo encierran.

Estaba ocioso, y es preciso que trabaje
tanto como pueda;

Despreocupado y he aquí la inquietud.
Y lo que gana no es para él y lo le
queda nada.

Y se viste mal y no se cuida ya de sí
mismo.

Y envejece mientras sus hijos crecen,
Y la belleza de su mujer ¿dónde está?
Ella pasa su vida en el dolor y no aporta
sino eso consigo,

¿Y quién tendrá el coraje de amarla?
Y el hombre no tiene otra esposa, y
ésta, le ha sido dada, y está bien que la
abraza con lágrimas y besos.

Y ella le dará dinero para que la despose.
—¡No me dejes, Luis! ¡no me vendas!
¡No me dejes porque te soy amarga, pero
soy dulce también!

¡Ponte de rodillas y yo me pondré de
rodillas!

Y considera mi alma y, maravillándome,
yo tomaré la tuya con veneración
En mis brazos, habiéndome puesto de
rodillas, porque es la creación de Dios,
Y su depósito contra mi corazón entre
mis dos brazos.

¡Desdichada! ¿Qué diré? pues todo lo
que digo lo interpreto mal.

¡Oh Laine, tengo un gran amor por ti!
No me rechaces, habiéndome tomado
de mi país como una sirvienta que se
coloca.

¡Pues tengo un gran deseo de servir y
no hay nada tan bajo en que no quiera
servir!

¡No me odies, Laine! ¡no me rechaces,
pues soy tu mujer! ¡No digas que ya no
me amas!

Entra Lechy Elbernon.

Lechy Elbernon, a Luis Laine.—¿Cómo!
¿está usted aquí? ¡y por eso nos dejó
tan pronto?

Luis Laine.—Excúseme.
Lechy Elbernon, a Marta.—¡Veal! no
puede pasar un instante sin usted.

Pero está muy mal que no nos lo deje
un poco.

¿Cómo! ¡usted ha llorado! ¡y él, que
aire taciturno tiene!

Ah! ah!
¡Querellas de enamorados!
Marta.—No he llorado.

Lechy Elbernon, mirándola.—¡No la
encuentro nada fea, Marta! ¿Pero, cuán-
to tiempo hace que están casados?

Marta, en voz baja.—Seis meses.
Lechy Elbernon.—¿Seis meses? es poco.

¡Es poco! Pero, ¿quién puede jactarse de
tener algo siempre para sí?

Ah ah! Ah ah!
¡Tengo ganas de decirle una cosa y no
puedo evitarlo!

¡Veal cómo él me mira, como si tuviera
miedo!

¿Es preciso decirlo, Luis?
Luis Laine.—Haga lo que quiera.

Silencio.

Lechy Elbernon.—Sepa que durmió esta
noche conmigo.

Marta.—¿Es verdad?
Lechy Elbernon.—Responde, Laine.
Marta.—¡Habla, responde!

Lechy Elbernon.—Ah! ah!
Marta.—Has dicho que no amabas a
otra mujer. Me lo has jurado esta ma-
ñana, ¡tú lo has jurado!

Lechy Elbernon.—Te lo repito, dur-
mió esta noche conmigo.

Marta.—¡Silencio, loba! y tú, habla,
¿es verdad?

Luis Laine.—Es verdad.
Marta.—¡Verdad! Has perdido el de-
recho de pronunciar esa palabra.

Luis Laine abre la boca
para responder.

Lechy Elbernon, poniéndole la mano en la boca.—¡No respondas, Luis! ¡Déjala gritar, déjala llorar! ¿Qué nos importa? ¡Que lllore delante de nosotros y nuestro amor aumentará!

Verdaderamente, ¿has mentido así? ¿le has jurado eso esta mañana?

¿Esta misma mañana?

Ciertamente te has conducido con mucha bajeza y como un hombre vil!

¡Oh Dulce-Amarga, a menudo nos hemos burlado de ti! Y te conozco como él mismo y él me cuenta cosas para hacerme reír.

No soy yo quien lo ha atraído, es él quien vino hacia mí.

¡No sientas vergüenza, Luis, y dile que me amas!

Para ver la cara que pone, ¡pues así es el cruel amor!

Parece dulzarrón y gentil, pero es bárbaro e impúdico, y tiene su voluntad que no es la nuestra, y es preciso obedecerle con devoción.

Es por eso que triunfa, Laine, ¡y no sientas vergüenza!

¿Pensabas que te amaría siempre? El te ha amado, e igualmente

Es a mí a quien ama ahora.

Marta.—Regocijate porque has encontrado un amor semejante.

Lechy Elbernon.—¡Llora, pues! ¡llora, pues!

¡Llora agua cálida! ¡no te hagas la fiera! ¡Llora, y no retengas tus lágrimas!

Rie a carcajadas.

Ah ah! Ah ah!

¡Mírala, Laine! No la encuentro tan fea como me decías.

Tiene la cara casi redonda, como las mujeres de Siria.

Marta.—Ríe de mí también, Laine. Mírame y regocijate por el canje que has hecho.

Luis Laine.—¡Oh Marta, mi mujer! ¡oh Marta, mi mujer!

¡Oh dolor, ay!

¡Oh Dulce-Amarga! ¡Ciertamente, te llamaré Amarga, porque es amargo separarse de ti!

¡Oh morada de paz, toda madurez habita en ti!

No puedo vivir contigo, y aquí es preciso que te deje, porque es la dura razón quien lo quiere, y no soy digno de que tú me toques.

¡Y he aquí que mi secreto y mi vergüenza han sido descubiertos!

Es el cuerpo quien lo ha querido, pues es poderoso en los jóvenes, y duro cuando tira.

Y es cierto que he consentido, y quería mentir y ocultar, mas he aquí que esta acción es descubierta.

Y me enamoré de esta mujer y estoy ligado a ella fuertemente, y sé que no vale lo que tú, y que no es honesta.

¡Ella me ama, y yo no puedo desprenderme de ella! ¡Oh mi mujer! ¡oh mi mujer que estás aquí! ¡Estás aquí, y es preciso que te diga adiós!

¿Estás presente, y es preciso que nos separemos?

Marta.—¡Luis Laine! ¡te llamo por tu nombre! ¡Oyeme!

Luis Laine.—Oigo. He oído.

Marta.—¡Levanta la cabeza! Mírame de frente y fija tus ojos en los míos, y te diré la verdad.

Robaste cuando eras todavía un niño. Pues ya jugabas y te hacía falta dinero. Y errabas de lugar en lugar, como un hombre maldito, y si encontrabas

Un puesto, no permanecías en él largo tiempo, pues tu espíritu te conducía a otra parte.

Y viniste a nuestra casa, y me llevaste, a mí que nunca había ido más allá

De la Cruz de las Cinco Rutas, donde hay un Calvario.

Y he atravesado esas aguas sin límites y hemos llegado

De la otra orilla, hasta aquí.

Ahora habla y acúsame.

¿Por qué me despides?

Pues, si fuera una sirvienta, se le dice lo que ha hecho.

¡Pero tú, tú no tienes ninguna razón que dar, sino el odio que sientes hacia mí!

Lechy Elbernon.—Ah ah!

Luis Laine.—Marta, no podemos vivir juntos.

Pues no tengo bastante para ti y para mí. No podemos permanecer juntos para siempre.

Pues la fría razón se opone.

Marta.—¿La razón?

Luis Laine.—La razón se opone, Dulce-Amarga.

Marta.—¡Maldita sea la razón, cuando te hablo de amor! ¡No temas, pues lo que me dieras, yo te lo devolvería, avaro!

¡No acuses a la razón! sino al espíritu

animal y solapado, al instinto de fuga y de violencia.

¡No acuses al cuerpo, como una mujer que acusa a la criada!

¡Acusa al espíritu inmundo!

El seduce de muerte y de disolución, que lo seduce, pues está hecho para morir.

Pero la voluntad existe en el corazón del hombre, y le ha sido dado sentir un aroma divino, como un olor que penetra por la nariz.

Y yo no me hubiera casado, pero sentí amor por ti.

¡Oh Laine! siempre los animales se dejaban coger de mí sin temor, y los niños no gritaban cuando yo los tenía.

Te he cogido y he ligado mis manos detrás de tu espalda.

Y no puedes comprender la amistad que te tengo.

¡No te separes de mí, no sea que vayas a morir!

¡No desanudes mis manos que están ligadas detrás de ti!

¡No me des esa vergüenza! No me rechaces, pues yo soy tu mujer.

¡Mira, estoy frente a ti!

¡Luis Laine, te llamo en mi angustia!

¡Acuérdete de la palabra que me has jurado! ¡yo levanto hacia ti mis manos!

¡Mírame! Mira la confusión en que me hallo. ¡Es preciso que diga todo esto delante de esa mujer, y ella ríe, mientras yo te suplico en mi humillación!

¡No me rechaces! Pues no tienes derecho, aunque quisieras hacerlo.

Lechy Elbernon.—¿Derecho? Ah ah!

¿Oyes? ¡No tienes derecho! ¿Eh? Ella tiene un derecho sobre ti, ¿lo oyes?

En cuanto a mí, retiro mi mano y digo: ¡Haz lo que quieras!

Anda, no eres digno de ella. ¡Bah! Admira solamente

Que así, de pronto, se haya hecho raptar

Antes de que te dieras cuenta.

¡Y cómo te ha espiado! Ciertamente, no puedes ocultarte de ella,

Pues te conoce y tú no la conoces. ¡Buena!

Ella dice que es honesta, y con eso basta.

En cuanto a mí, no puedo ocultar quién soy, y tú fuiste a buscarme desvergonzadamente

En el lecho mismo de tu huésped y entre las manos del que te paga tu dinero.

He vivido libremente, y sabes que he conocido a otros antes que tú.

Pero lo he olvidado, y ahora es a ti a quien amo.

¡Amame! ¡Mira qué bella dama soy! En verdad, no estás hecho

Para vivir pegado a tu hembra como el caballo junto a la yegua, y no han de unir con el asna al alce color corteza.

¡Ven! ¡sé libre!

¿Qué dirás cuando oigas soplar el viento de invierno detrás de la puerta?

¡Piensa en los bosques! Trepano hasta el final de la rama que se dobla,

La cabeza hacia abajo, veías las copas de los árboles emerger de la niebla al fondo del abismo y la lechuza amarillenta volar en la luz de la luna.

¡Piensa en las corrientes de agua claroscúras donde se ven los enormes peces grises:

El salmón y el *muskallongee!*

¡Amame, pues soy bella! ¡Amame, pues soy el amor, y no tengo norma ni ley!

¡Y me voy de lugar en lugar, y no soy una sola mujer, sino muchas, prestigio viviente en una historia inventada!

¡Vive! ¡siente en ti

La poderosa juventud que no será fácil constreñir!

¡Sé libre! ¡el deseo audaz

Vive en ti por encima de la ley como un león!

¡Amame, pues soy bella! Y donde se abra tu boca, allí aplicaré la mía.

Luis Laine, a Marta.—¿Y tú qué tienes que decir?

Marta.—Oh Laine, estás unido a mí por un sacramento

Y por una religión indisoluble.

Luis Laine.—¿Y?

Marta.—No escuches lo que dice, pues es sólo miraje y mentira.

Luis Laine.—¿Y qué más?

Marta.—Eso es todo.

Soy pobre, soy tonta, soy fea, soy celosa.

Luis Laine.—¿No tienes nada más que decir? Oh Marta, es inútil que hables.

Pues ésta es la que amo.

Señala a Lecby Elbernon.

Lecby Elbernon.—¿Es verdad?

Luis Laine.—Sí.

Lecby Elbernon.—¿Soy yo realmente la que amas, Luis?

Luis Laine.—Eres tú.

Lecby Elbernon.—¡Repítelo! ¿Soy yo la que amas y no ella?

Luis Laine.—Eres tú la que amo y no ella.

Pausa.

Marta.—¡Adiós!

Déjame decirte adiós, pues el día va a terminar. ¡Oh Laine, mi marido, déjame mirarte una vez más antes que sea de noche! ¡Déjame tocarte antes de que nos separemos por la eternidad!

Lo toma en sus brazos.

¡Adiós!

Media pausa.

¡Oh amigo! ¡oh bien amado! ¡oh ingrato!

¡Por qué has hecho esto?

Conocerás que no soy solamente amarga, sino dulce.

No soy yo quien me separo de ti, mas acuérdate que eres tú quien me ha despedido y que yo te besaba el hombro en mi humillación.

Y ahora me es preciso dejarte.

Media pausa.

¡Ay! ¡oh, qué duro es, Dios!

Se aleja un paso.

¡Adiós, Laine!

Salé.

Pausa.

Lecby Elbernon, declamando a media voz.—“¡Oh, osos! ¡oh, picoverde! ¡oh, lobo!

“¡He aquí que no puedo subir más alto!

“¡Oh primo Raccoon! ¡oh ardilla agarrada a la corteza rugosa!

“¡Mírame, mi abuelo el Alce, porque voy a morir aquí!”

Luis Laine.—“¡Oh, es “El Niño-de-las-cejas-de-piedra!”

Lecby Elbernon, continuando: “¡Todo el día con gran trabajo he subido, llena de terror,

“¡Franqueando los troncos podridos, trepando por las piedras que se desploman!

“¡Y ahora no puedo avanzar más!”

Luis Laine, imitando una voz que viene de muy lejos y de abajo.—“Wow!”

Lecby Elbernon.—“¡Haba! Waba! Abi!

“¡Están detrás de mí, oigo la voz de mi hermano!

“¡Ten piedad de mí, monte!

“¡Ten piedad de la miserable! ¡Ten piedad del niño que llevo en mi vientre! Todo el día has sentido los pies desnudos de la mujer trepando.

“¡Ob monte, escóndeme, para que no me encuentren nunca más!

“¡Oh Señor, desde que viene el estío dulce y cálido,

“Las mujeres trabajan en los campos, cultivando el sorgo y las babas. Y cada vez que levantaba la cabeza,

“Mientras duraba el día azul, te veía en tu sitio,

“Sentado como un Cacique, considerando la comarca y la serenidad de la estación.

“Y te he amado. Y un día viniste a mí y me conociste, y he aquí que llevo un niño bajo mi ropa.

“¡Ten piedad de mí, montaña!

“¡No puedo subir más, y he aquí que me acuesto sobre ti en el espesor de las bojas!

“¡Haba! Waba! Abi! Wababa!

"¡He aquí los dolores de la muerte!
"¡Dame fuerzas para ponerlo en el mundo antes de que muera! ¡Ten piedad de él, si es un varón, y que no le hagan mal!

Lo mira fijamente.

—Pero, oye, no me abandones a mi vez.
Luis Laine.—¿Cómo?
Lechy Elbernon.—¡Amame!
¡Soy tan triste! ¡Oh, si supieras la tristeza que hay en mí!
Bésame, porque soy la libertad y ahora estás fuera de la casa.
¡Pero cuida de no hacer trampa!
¡Porque yo soy la más maligna, y no intentes escapar de mí!

Lo abraza con las dos manos por el cuello, riendo.

.. No sea que, como las locas hormigas machos...

Luis Laine.—¡Deja!

ACTO III

La misma escena. La noche del mismo día, inmediatamente después de la puesta del sol. Luciérnagas en las yerbas y las hojas, como chispas.

Marta.—La estación llamada estío es constante y serena, cuando el árbol y la yerba florecen.

El viento es débil y dulce,
Y el día se hace más largo hasta que los trigos echan la espiga.

Entonces los días disminuyen.

Sé bien que moriré pronto,
Y he aquí que te he encontrado como una gavilla de flores fúnebres.
—Déjame mirar el día que se consume, y del bosque se levanta un gusto y un olor.

No tendré parte alguna en las ocupaciones de los hombres.
¡Salud, aire!
¡Salud, en la hora de tu abajamiento, misterio de alegría,
Sol que vivificas y que haces todas las cosas visibles!

La jornada termina, y el mar por todas partes
Sube, y estará lleno a esa hora en que se levanta un pequeño viento.

Ahora cierro los ojos al mundo. ¡Oh aromas! ¡oh aromas que no se sienten aquí!

—¡Oh todo el olor de la rosa y de la yerba que uno estruja en sus manos!

Pero es preciso todavía que el fruto se forme y se nutra,
Hasta que esté maduro,
Los frutos que sirven a los hombres y los que no les sirven de nada.

Vienen entonces los vientos que hacen cabecear al árbol, y el anegamiento de las lluvias!

Mas ahora he aquí, he aquí el tiempo de la paz,

Y el cielo es a sí mismo semejante, pero todo género de cosas brota sobre la tierra!

Y la mar improductiva permanece en reposo.

Es el tiempo que está en la mitad del año, el día en que el sol se detiene.

La luz del día se apaga, oigo la marea nocturna subir, y la Noche Descubre el Reino del cielo.

Es el momento en que la mujer se hace adornar, sosteniendo ante ella el espejo con sus dos manos,

Y yo también, es conveniente que me adorne

Como una viuda, tomando otras vestiduras.

Lanza un grito largo y penetrante.

¡Justicia! ¡Justicia!

Estoy en el Universo, y lo veo, y todas las cosas subsisten por la justicia.

Y yo lanzaré un grito, pues he sufrido injusticia.

Y soy pequeña y humilde, pero mi grito no será desoído.

¡Justicia! ¡Justicia!

He amado y no he sido amada.

He estado unida a él y él, viviente, se ha separado de mí.

Me ha declarado que me abandonaba y que se separaba de mí por su propia voluntad.

¡Y me ha vendido como un animal!

¡Salve, negrura!

¡Salve,

Figuras que aparecéis en el firmamento, unas eternas y otras pasajeras! ¡y planetas que durante la noche seguís el camino del Sol!

¡Yo te saludo, oh Noche,

Tal como eras antes de la luz y antes que Lucifer apareciera!

Me regocijaré porque veo mi morada ante mí y enjugaré las lágrimas de mis ojos.

Pues he aquí que vuelvo, con las manos vacías.

¡Tened piedad de mí, oh vosotros que estáis presentes!

¡Oh mi pequeño hermano mayor que no viviste sino quince días, pasando sólo por la tierra como la sombra de una abeja,
Consuélame en mi vergüenza y en mi fracaso!

Pues, oh Dios, tú me enviaste Como un hombre a quien un mercader confía cosas preciosas para que comercie con ellas, y como una mujer prudente.

Y encontré a ese hombre y lo conduje al interior de la casa,

Y le mostré esas cosas, y como no tiene inteligencia, no supo lo que eran;

Y no ha querido que yo lo instruya, y no me ha creído, y se ha burlado de mí.

De suerte que me vuelvo, trayendo lo que me habías dado, tal como partí,

Sin haber encontrado aquí su precio.
¡Oh Laine, a quien he amado!

Silencio.

¡Os saludo también, Océano!
¡Vengo a veros, grandes aguas, que de la tierra habéis sido separadas! ¡Oh melancolía!

¡Te saludo, soledad, con todos los navíos que sobre la planicie ondeante pasean lentamente su pequeño fuego!

¡Te saludo, distancia!

Estoy con los pies desnudos sobre esta

playa, sobre la arena sólida donde la ola ha esculpido figuras extrañas.

Estoy de pie sobre esta tierra de Occidente. ¡Oh tierra que ha sido hallada más allá de la lluvia!

Como un bien que un hombre adquiere cuando su barba canecane y del que es preciso que saque pronto su provecho.

¡Oh tierra de exilio, tus campos me son tediosos y tus ríos me parecen insipidos!

¡Me acordaré de ti, país del que he venido! ¡oh tierra que produce el trigo y el racimo místico!

Y la alondra se eleva de tus campos, glorificando a Dios.

¡Oh sol de las diez, y amapolas que brilláis en el centeno verde! ¡Oh casa de mi padre, puerta, horno!

¡Oh dulce mal, olor de las primeras violetas que se recogen después de la nieve! ¡Oh viejo jardín donde en la yerba mezclada con hojas muertas

Los pavorreales picotean los granos de girasol!

Me acordaré de ti en esta tierra.

Entra Lecby Elbernon.

Lecby Elbernon.—Hello, soy yo!
Marta.—¿Usted?

Avanza hacia ella.

Lecby Elbernon.—Sí. ¿Se asombra de verme?

—He venido para consolarla.

Conozco la vida mejor que usted. He sido modista en mi tiempo, pero las clientas no pagaban y me dejaban morir de hambre.

Mujeres que valían cien mil dólares ¡Qué vergüenza!

No se entristezca.

Yo misma, muchas veces, he sido abandonada así.

¿Verdaderamente él la ha amado tanto como dice? ¿Cómo pudo dejarla, a usted, que era sólo de él, por mí

Que en la escena estoy expuesta a todo el que llega, como un espectáculo ordinario y público?

¡No se entristezca, mi blanca gallina! Tendrá todavía muchas ocasiones de llorar.

Marta.—¿Por qué viene a insultarme?

Lecby Elbernon.—En cuanto a Tom, lo conozco. Posiblemente no le dará tanto dinero como piensa.

¡Es avaro como Judas! ¡Tanto por mes, eso es todo!

No fun! Es por eso que lo dejo.

—¿Por qué no se mata, si es una mujer bien educada?

Marta.—No puedo cometer ese crimen.

Lecby Elbernon.—¡Mi búcaro de violetas blancas! ¡Mi dulce lirio de Pascuas!

¿Cómo ha podido dejarse tratar en esa forma delante de mí? ¡Le ha suplicado y se ha burlado de usted! ¡Es preciso que sea muy cobarde!

¿Acaso tiene miedo? En cuanto a mí, si el demonio de la tristeza no me abandona,

Me mataré, aunque tenga que abrimme el vientre con unas tijeras! Me asfixiaré sobre un mechero de gas.

¿Qué la detiene? ¿Por qué no se mata?

Marta.—Habla usted desatinadamente.

Lecby Elbernon.—¡Mátele entonces a él! No es una mujer si no desea vengarse. Mátele, se lo entrego.

Marta.—¡Ho!

Lecby Elbernon.—¿No quiere?

¿Y no teme que yo la haga matar, yo?

Marta.—Haga lo que quiera.

Lecby Elbernon.—Debo darle otro consejo. Beba whisky, que es un remedio contra la mordida de la serpiente.

Es el consuelo de los que están solos y de los que nadie se ocupa. ¡Beba la leche negra! ¡Es un buen consejo que le doy! ¡Es bueno!

¡He tomado un trago soberbio, esta noche!

¡Estoy extrañamente alegre! Tengo fuego por dentro, pero no en el corazón, y hay siempre algo que no puedo calentar, como un trozo de hielo envuelto en una servilleta.

¡No importa!

¡Estoy extrañamente alegre! ¡Tengo unas ideas! ¡Tengo unas ideas diabólicas!

¡Eso arde en mí como un *bol* de ponche! ¡Mire a ver si ve algo azul!

Abre toda la boca.

Voy a abrir toda la boca hacia la luna para refrescarme.

De modo que esté toda hueca y pueda hundirse una paja hasta el fondo del estómago.

Hay luna llena. ¡Mal tiempo para cortarse los cabellos, según dicen los viejos granjeros, pues vuelven a salir tan espesos como la yerba y tan rígidos como pelos de cochino!

Ah! ah! ¡le digo que estoy alegre como un gato!

¿Ve ahí ese sauce?

Marta.—Lo veo.

Lecby Elbernon.—¿Lo ve? (*Declamando.*) "El sauce como una viuda verde, cuando la tempestad que sube hace la noche..."

Miraba ese sauce esta mañana mientras hablábamos y pensaba en hacerla colgar. Con una cuerda bien engrasada. Los ojos salen de la cabeza como caracoles.

Tengo a Cristóbal Colón Blackwell que me hubiera hecho ese trabajo. Mi negro, ¿no lo ha visto?

—¿No ha visto las encinas verdes en el país criollo? con largos musgos pendientes; ¡qué triste es! ¡Oh qué bellos cementerios hay allá!

—Está usted entre mis manos.

Marta.—Lo sé.

Lecby Elbernon.—¡Bah! ¡Nada de falsa vergüenza! ¡Será dichosa con Thomas Pollock!

—¿No dice nada? Entonces no sabrá para qué he venido a verla.

Marta.—¡Quiere hacerme creer que está ebria!

Lecby Elbernon.—¡Huela!

Le sopla en la cara.

¿Sabe que podría arruinarlo? Sí, Aunque le parezca extraño; bastaría. Que la casa que tiene aquí ardiese hoy. Me he informado.

¡No sé lo que hará! Haré tales cosas esta noche... Ah! ah!

Soy yo quien representa a las mujeres en las comedias y sé interpretarlas todas:

La malicia de la virgen y de la prostituta y las matronas que son como gatas de Angora.

Y el diablo ha encontrado la casa vacía, y ha entrado adentro, y ya no puede salir, como un gato cogido en un lienzo.

¡Oh, hay una tal aridez en mí! Dígame que me ame y que no estoy saciada de él, y que quiero enseñarle lo que conozco, habiéndome acostado a su lado, Tomándolo por la cabeza y bajo el brazo como un obrero que trabaja en la pieza que ha cogido.

Declamando:

"El lecho de la alegría humana y del goce en que no hay satisfacción."

No he de retirarme como una bruja hasta el fondo de un pozo de mina,

Estudiando una imprecación tal

Que el hierro de las armazones se doble como plomo y que la epidemia

Se lleve a los niños como cestas de pájaros muertos,

Y que torrentes de llamas salten de los mercados y de la fundación de las ciudades.

Pero llevo en el calor de mi boca una disolución más perfecta,

Ya sea que haga signo al adolescente
Que es el que amo entre todos, el recién nacido!, ya sea que el viejo de mentón erizado de crin blanca aproxime

La curva deforme de su boca de bordes espesos!

Y no se acercan a mí en vano; pues llevan de mí la semilla,

Fraude, furor, veneno, pervisión fundada de la mujer y pérdida de los niños,

Lascivia, glotonería, malicia, repugnancia del trabajo y de la pena, y correspondencia de la punición!

Y el mal no es par uno solo, ¡ino que se propaga sin fin,

Pues está tocado en su herencia. Y tal es la alegría que yo doy.

—Y usted, usted no es virgen tampoco.

Marta.—Ah!

¡Ciertamente debes ser el diablo para haber encontrado esa palabra!

Demonio, no me confundirás. Pues yo soy su mujer y él me ha desposado legítimamente.

Tuve piedad de él. Pues ¿adónde se volvería, buscando a su madre, sino hacia la mujer humillada,

En un espíritu de confidencia y vergüenza?

Mas por donde el hombre se conserva, por ahí tú quieres destruirlo.

¿Para qué destruir?

Todo es en vano contra la vida, humilde, ignorante, obstinada. Mas aquél que destruye algo tendrá que dar razón de ello, si puede.

En cuanto a mí, no le place a Dios que yo destruya nada! Y cuando era todavía una niña en mi país,

Al tiempo en que las abejas forman sus enjambres, hacia las dos, cuando hace tanto calor,

Me sentaba en la yerba, golpeando un pedazo de hierro, decía "bella! bella!"

Y todo el enjambre en negras hileras venía a abatirse sobre la blanca sábana tendida.

Y me enseñaron a no caminar sobre los trigos y a no tirar mi pan por tierra,

Sino a colocarlo sobre un borde, cuando no quería más, o al pie de una cruz,

Y a no coger nada de los otros.

Lechy Elbernon.—¡Pues bien! si lo ama, dígame que no se escape, como quiere hacerlo.

¿Me oye? es eso lo que he venido a decirle.

¡Dígame que me ame! Pues quiere escaparse, lo he leído en sus ojos, y pienso que vendrá a verla.

¡Está en la punta de mi dedo como un insecto listo para volar!

¡Que no haga eso! ¡O si no, Seguramente es hombre muerto! ¡Que

no espere escaparme!

Marta.—¡Cómo!

Lechy Elbernon.—¡Dígame eso, si lo ama! ¡dígame que vuelva hacia mí! ¡dígame que me ame!

¡Dígaselo, Dulce-Amarga!

Salé. Pausa.

Entra Luis Laine. Se mantiene inmóvil a algunos pasos de su mujer.

Luis Laine, con una voz sorda.—¡Marta!

Silencio.

Luis Laine, más bajo.—¡Marta!

Marta.—¿Quién es?

Luis Laine.—Soy yo.

Silencio.

¡Responde!

Silencio.

¿No me respondes?

Marta.—¡Laine!

Creo que los dos nos equivocamos.

Era un vínculo demasiado fuerte. No podíamos vivir ligados así, sin tener nada.
Luis Laine.—Thomas Pollock Nagoe...

Silencio.

¿No me respondes nada?

Marta.—Habra, Laine, escucho. No te veo, pero oigo.

Luis Laine.—Dulce-Amarga, eres siempre mía.

Marta.—Ya no soy dulce para mí, ni amarga.

Luis Laine.—¡Te haré beber el agua amarga, perra, y tu vientre reventará como una botella! Veo que tu partido está tomado.

Marta.—¿No has tocado tu dinero?

Luis Laine.—No he recibido dinero. Pero él... Es rico, ¿eh?

Has reflexionado, ¿eh? Has consentido.

¡Di la verdad! Sé que has consentido.

Marta.—¡La verdad! ¡oh hacedor de mentiras!

Silencio.

Luis Laine.—¡Así que has consentido! Y es cierto que has aceptado este canje. Escucha, Dulce-Amarga, yo lo creo.

Largo silencio.

Escucha, Dulce-Amarga, No levantaré la voz, ya que la noche tranquila no lo permite,

Y esa cara amarilla que durante la noche contempla al sol,

Y piensa a lo que asiste desde lo alto del cielo, en esta hora de silencio.

¡Todo está perdido!

¡Ya no me eres dulce, oh Marta, y ya

no me eres amarga, y toda luz se ha retirado de mis ojos!

¡Infornutado! ¿quién me hará dormir y me cerrará los ojos? pues el sueño es como una noche sin luna, cuando se duerme.

¡Tengo que beber un trago agrio, y tan duro que los cabellos se me erizan! El vaso es ancho y profundo.

¡Ven aquí mi amable ignominia! Ven, Señora, que te bese y te acaricie.

¡Así tú tampoco, dulce gata,

Has sabido resistir a ese papel seductor! ¡en verdad no somos más que carne y sangre!

¡En verdad, virtud!

En cuanto a mí, no soy más que un rufián, pero ¿cómo

Llamaré tu indiferencia?

Marta.—¡Desdichado, no hables de ese modo horrible!

Luis Laine.—Dulce-Amarga, tengo sombríos pensamientos. La bestia salvaje no puede ser domesticada, sino que es preciso que muera, y el hombre salvaje muere del desgarramiento de su corazón.

Pero soy de otra raza que tú y no me has comprendido.

Recuerda que te conocí cuando estaba tan enfermo y yacía entre la vida y la muerte.

Y después de haber estado en la cama, salí:

Y primero encontré a dos hombres con un madero sobre sus hombros; y eran los montantes de la puerta con el dintel.

Y en seguida vi un alfarero sobre manos y pies que acababa de hacerse la ca-

beza en una rueda; y era una carretilla que habían olvidado allí.

Y atravesaba muchos países, caminando, cambiando de sitio.

Y en cuanto a las cosas que he visto, son tantas que ya no me acuerdo y los cabellos hormiguean en mi cabeza.

Pero mientras seguía el camino interminable

En los bosques y la llanura pálida, vi por la abertura del seto

Un muerto con testa de alce que rastrollaba, desnudo, la nieve con una rama de espinas. Y atravesé un agua negra

Y vastos pantanos, y llegué a ese país

Donde los indios de Pueblos una vez por año van a buscar las almas de sus antepasados; y vuelven con grandes lamentaciones, trayendo cestas llenas de tortugas.

Y el cacique vino a mi encuentro, mi bisabuelo que vivió en el tiempo, de la tribu de los Ratonés.

Y me tendió un alimento para que lo comiera,

Y hundí en él los dientes y encontré que tenía gusto de jabón y no quise comer.

Entonces tuve que volver a pasar el agua y retorné oscuramente de allá abajo.

Marta.—¡Ay! ¡he aquí el espíritu de sueño que te atormenta otra vez!

Luis Laine.—¡Huiré de aquí! ¡Es preciso que huya! Me escaparé de aquí.

Marta.—¿Adónde quieres ir?

Luis Laine.—¡Desdichado! ¡me han traicionado! He aquí que ella me ha traicionado también.

¿Es cierto? ¡Responde! ¡Habla! ¡Responde!

¿Eh, eh?

¡Responde pues! ¡Por qué no respondes! ¡Ella no responde nada!

¡Huyamos de aquí!

El mundo está vacío y yo estoy completamente solo.

¿No me dirás una palabra?

Marta.—¿Qué quieres que te diga?

Luis Laine.—Dime que me amas todavía. ¡La noche ha llegado! ¡ahora soy cobarde! ¡ahora puedo pronunciar esas palabras!

Marta.—Es demasiado tarde. No oírás la palabra que pides de mi boca. ¡Piensa sólo en tí!

Luis Laine.—¡Pues bien, a mí la desgracia!

Marta.—¡Desdichado, no te maldigas a ti mismo!

Luis Laine.—¡A mí la desgracia, porque estoy en el gran mundo como un hombre extraviado y perdido!

No he tenido inteligencia. Lo que me dicen, no lo comprendo. Pero soy como el animal que va

Hacia la mano que le tiende hojas.

¡Y tú, porque te he traicionado, he aquí que me abandonas!

Marta.—¡Laine, estoy aquí, no te abandono!

Luis Laine.—¡Partamos!

Marta.—¡Quédate! ¿adónde quieres ir?

Luis Laine.—¡Huyamos! ¡es preciso!

Marta.—¡Quédate! sabe que hay un peligro para ti.

Luis Laine.—¡Es preciso! ¡es preciso!

Marta.—¡Quédate! ¡va en ello tu vida!

Luis Laine.—¡Me es igual! ¡es preciso!

Marta.—¡Quédate!

¿Por qué huyes así ante el soplo del viento?

¡Permanece! ¡Resiste!

Y yo te defenderé, y te salvaré también; pues hasta el cisne

Y la inocente garza, se defienden a sí mismos y defienden su nido.

Luis Laine.—¡No es el viento que sopla, es este soplo que hay dentro de mí mismo! ¡Huyamos!

Hay alguien aquí adentro y me urge como con una espada.

¡Iré! ¡es preciso!

No me detengas, pues hay un espíritu en mí. ¡Correré tanto como lo permitan mis piernas!

Marta, cogiéndole la mano.—¡Perdóname, Laine!

Luis Laine.—¿Qué haces?

Marta.—Te pido perdón.

Pues he sido para ti una compañera penosa y dolorosa. Y con la mano te he cogido la mano, y he aquí que te has embarazado de ella.

Mas perdóname ahora, y no guardes cólera contra mí.

No guardes

Turbación y pensamientos injustos.

Luis Laine.—¿Por qué me pides perdón, como a alguien que va a morir?

Marta.—Di que me has perdonado.

Silencio.

Luis Laine.—Y tú, perdóname también.

Marta.—¿Perdonarte? ¡Yo te perdono,

mi amigo! ¡yo te perdono, mi pobre pequeño niño!

¿Adónde quieres huir?

Te digo que no puedes huir y que estás cogido. Pues mira delante de ti,

Y mira a la derecha, a la izquierda, a lo alto,

Y mira detrás de ti; y considera los cielos estrellados que te rodean!

Por eso, vuélvete,

Y mantente de pie delante de Aquel que es perfecto e inmóvil.

Y haz el signo de la cruz, pues el momento se acerca en que vas a ser dividido.

¡Mira allá! ¡mira

el Océano! ¡Mira el umbral de las aguas!

Para el hombre del viejo mundo que hacia la noche vuelve su rostro fatigado,

Donde está el término del día allí está el brillo del agua,

Mas he aquí que has traído tus pies del otro lado.

Declara pues, en este sitio, y confíate.

Te hundiste en el mar esta mañana y querías ir hasta el fondo;

Mas no es esa agua salada la que te purificará, sino la que sale de tus ojos. ¡Oh Laine, estás vivo todavía!

—¡Dame tus manos! ¡dame tus dos manos!

Le coge la otra mano.

¡Oh mano derecha! ¡oh mano izquierda!

¡Oh mano! te tenía en la noche y, con el corazón lleno de alegría, contaba tus dedos uno después de otro.

¡Oh manos! ¡por qué habéis sido tan prontas en coger y en soltar!

Silencio.

Y ahora, entrégame el dinero que te ha dado.

Luis Laine.—¿Qué dinero? No me ha dado ningún dinero.

Silencio.

Marta.—¡He aquí que mientes todavía! Sé que te lo ha dado.

Luis Laine.—¡Lo he tirado! ¡lo he dejado! ¡no sé lo que he hecho con él!

Marta.—¡No me mientas en este su-premo instante!

¡Di la verdad! Te digo que estás cerca de la muerte.

No guardes ese dinero y dámelo.

Luis Laine.—No lo tengo.

¡El tiempo pasa! ¡el tiempo pasa! Es preciso que parta de aquí.

¡Adiós, Marta!

Silencio.

¡Adiós, Dulce-Amarga!

Marta.—¡Adiós!

Luis Laine.—¡Adiós para siempre!

Salé.

Entra Thomas Pollock Nageoire.

Thomas Pollock Nageoire.—*Good night, Madame.* Buenas noches.

No se moleste. Permanezca sentada.

Marta.—¿Me permite sentarme?

Vuelve a sentarse.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué quiere decir eso?

La mira.

Marta.—Una bella noche, señor.

Thomas Pollock Nageoire.—Oh, pero ¿su marido no está aquí?

Ella sacude la cabeza.

¿Me permite quedarme un momento con usted? Pues quisiera hablarle.

Marta.—¿Permitir? ¿No es usted aquí el dueño?

Thomas Pollock Nageoire.—No hable así. Y, ante todo, perdóneme

Por lo de esta mañana. No me he comportado como un caballero.

Silencio.

Tengo una hija, usted sabe. Debe tener su misma edad.

Silencio.

Marta.—¿Cómo se llama?

Thomas Pollock Nageoire.—Laura, creo;

O Elmira; Elmira ¿es un nombre de mujer? Está en la Universidad; hace unos tres años que no la veo.

Divorcio, ¿ee? Creo que su madre está en Cleveland. Se casó con un ministro.

Sí, tiene su misma edad.

Yo, no sé qué edad tengo. No hay tiempo de pensar en el tiempo que pasa.

Marta.—Usted ha vivido mucho.

Thomas Pollock Nageoire.—Sí, he vivido mucho.

Mira al suelo con aire pensativo.

Hoy he sabido que el viejo Mike ha muerto. Sí, mi viejo socio. ¡Hemos hecho juntos tantos negocios!

—¡De cuántas cosas se acuerda uno! Conoci el Sur antes de la guerra. ¡Qué hermosos tiempos!

Well!

He hecho de todo, he rodado por todas partes, sé de todo.

Y todo eso ha pasado y es como un sueño que uno ha tenido.

Pero, puedo decírselo, Marta,

El año ha sido malo, muy malo! Me he visto negro con los *Cordeles*. He *bluffeado*, pero no sé cómo terminará la cosa.

No sé por qué le cuento todo esto.

—Su marido la ha dejado, ¿no es cierto? *Marta.*—Sí.

Marta.—*Silencio.*—¿Y qué va a hacer ahora?

Marta.—Ya me preguntó eso esta mañana.

Thomas Pollock Nageoire.—Excúseme. No tome a mal lo que le digo.

En verdad, no tengo nada que decirle, pero me siento muy triste.

Desde que estoy cerca de usted, me parece que soy como un hombre viejo, y quisiera que me hablase dulcemente.

Permitame quedarme aquí, *Bittersweet!*

¿Cuál es ese encanto que usted tiene? Pues, como las otras mujeres, no da ganas de hablar y de mostrarse,

Sino de callar y de pensar en las cosas pasadas

Y de revelar las cosas antiguas de que no se habla, pero que se guardan en el corazón,

Y de no disimular nada.

No me trate como a un enemigo.

—¡Es cierto!

He dado dinero a su marido para que la deje.

Marta.—¡Y el desdichado lo escuchó y

tomó su dinero! ¡Y usted viene para recibir la entrega!

Me lo explicó todo. Sepa que hizo lo que pudo, intentando persuadirme. ¡Oh vergüenza!

Thomas Pollock Nageoire.—¿Hizo él eso?

Marta.—¿Y sabe que ahora va a morir y que van a matarlo?

¡Ay! ¡ay!

¡Es verdad, es usted la causa de su muerte, usted, usted!

Thomas Pollock Nageoire.—¿Su muerte?

Marta.—¿Por qué ha hecho eso? ¿por qué ha venido a ponerse entre nosotros, separando el marido de la mujer? ¿Está eso bien?

¿Qué le habíamos hecho nosotros? ¿No tenía bastante con lo suyo, sin envidiar la dicha de las pobres gentes? ¿Por qué ha venido a tentarlo?

En su debilidad y en su pobreza, hombre grande y rico? ¿No podía dejarlo vivir?

Thomas Pollock Nageoire.—Escúcheme con paciencia.

Cargaré mi falta, si hay alguna, y no la de otro.

Pero ¿dónde está la regla de la vida, Si un hombre viejo y experimentado, Maduro, sólido, avisado, capaz, reflexivo, no busca

Tener una cosa que encuentra buena? Y si soy más rico y más sensato que él, ¿es culpa mía?

Fui honrado con él y no he usado malicia ni violencia, y no he querido ha-

cerle daño. Le ofrecí dinero y aceptó, y ha estado de acuerdo conmigo.

Pues yo le causaba un perjuicio y él tenía derecho a una compensación. Es a él a quien ofrecí dinero y no

A usted, y no he actuado deshonestamente.

¡No diga que le he comprado! Pero, ya que le dejaba, ¿no le hacía falta dinero?

—He ahí lo que tengo que decir.

Marta.—Thomas Pollock, preste atención a su dinero que le da un derecho por encima de todos.

Vele sobre él y no se ocupe de cosas frívolas.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Cree que amo el dinero?

¡Yo! No. No es eso.

Me he arruinado muchas veces en mi vida y casi siempre

Como por mi propia voluntad. Es un placer, igual que vivir,

Ocuparse de algún negocio y seguirlo hasta el final.

Marta.—¿Suponga que la casa que tiene aquí ardiese?

Thomas Pollock Nageoire.—¿Que ardiese? ¿Cómo? ¿Por qué habría de arder? ¿Sabe usted algo?

Marta.—Es toda de madera.

Thomas Pollock Nageoire.—Sí. Y ni siquiera un *safe*.

¡Me he conducido como un tonto!

Marta.—Suponga que eso ocurra.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Pues bien! estaría enteramente arruinado.

Marta.—Vuelva pues a su casa sin perder tiempo, es un buen consejo que le doy.

O muy pronto va a ver luz de aquel lado.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Es un golpe de Licky!

Marta.—Vaya y no pierda tiempo.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Maldita sea la idea que tuve de traer esos papeles conmigo!

Marta.—¡Vaya!

Pausa.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Que arda la casa! ¡será un fuego bueno de ver!

No me molestaré cuando converso con una dama.

En verdad,

No veo razón para hacer una cosa u otra.

Déjeme quedarme aquí.

¿No me hablará nunca dulcemente, *Bittersweet*?

Sé que lo ama y veo su dolor.

Sin duda debiera irme; mas perdóneme,

Pues sé que está ahí y no tengo ya fuerzas para dejarla.

Déjeme quedarme con usted un poco de tiempo.

Tiro a lo lejos.

¿Qué es eso?

Silencio.

Marta.—Algún cazador, sin duda.

Largo silencio. Un pájaro canta de pronto.

Thomas Pollock Nageoire.—Escuche el *wibbipoorwill*.

Silencio.

Well!

Me parece que tenía bastante inteli-

gencia y energía, y he sacado de ello un partido tolerablemente bueno.

Y he tenido una suerte pasable también, e incluso buena. Y me enorgullecía de mi suerte más que del resto.

Si.

No he tenido pues de qué quejarme, ¿eh?

Soy un hombre serio y sé lo que valen las cosas.

Por eso compro, y no guardo nada para mí, sino que revendo.

Si.

Todo género de cosas me han pasado por las manos, y me parece que vuelvo a ver todas mis cuentas.

—Dígame por qué me siento tan triste.

Marta.—¿Cada cosa vale exactamente su precio?

Thoma Pollock Nageoire.—Nunca.

—Usted no me ama, *Bittersweet*.

Marta.—Thomas Pollock Nageoire!

Como un pescador que en medio de su red saca los peces,

Y los vuelve a lanzar todos y sólo guarda uno,

Y como un hombre que compra un lote en una subasta por defunción, y que mirándolo encuentra

Una cosa que por sí sola lo recompensa, He aquí que ha adquirido más de lo que cree, y su última compra no ha sido la peor.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué quiere decir?

Marta.—Thomas Pollock, hay varias cosas que amo en usted.

La primera es que, si cree que una cosa

es buena, no duda en hacer todos sus esfuerzos para tenerla.

La segunda, como usted dice, es que conoce el valor

De las cosas, según valgan más o menos.

No se paga de sueños, y no se contenta de apariencias, y su comercio es con las cosas reales.

Y por su causa ninguna cosa buena permanece inútil.

Es audaz, activo, paciente, astuto, oportuno, perseverante.

Es tranquilo, es prudente, y lleva una cuenta exacta de todo lo que hace. Y no se fia únicamente de sí mismo.

Pero hace lo que puede, pues no dispone de las circunstancias.

Y es razonable, y sabe someter su deseo a su razón, y sabe someter su razón también.

—Y por eso es grande y es rico.

Thomas Pollock Nageoire.—¡Soy pobre! ¿Por qué se burla de mí?

Soy pobre en medio de todas esas cosas que vender,

Que son mías como si no lo fueran, y no me queda nada entre las manos.

Marta.—¡Mire!

Luz roja y humareda por encima del bosque.

Thomas Pollock Nageoire.—*That's all! Entra Lechy Elbernon.*

Lechy Elbernon.—Thomas Pollock, tengo que decirle que su casa arde.

Thomas Pollock Nageoire.—Lo veo.

Lechy Elbernon.—¿Qué es eso para usted? ¡una miserable casa de madera!

¿Supongo que no habrá hecho la locura, hi!

De traer los papeles consigo?

¿Cómo ha podido prender el fuego?

Todos los criados se habían ido y sólo quedaba yo.

Y cuando estaba en el jardín, vi de súbito el rojo en el salón.

Declama:

"La puerta está cerrada con cerrojo;

"Las ventanas están cerradas y no hay ni una abierta y los postigos están asegurados por dentro con el picaporte y la barra.

"Pero de pronto, como un hombre en quien la locura lúgubre ha estallado,

"He aquí que se ve por las rendijas y por los agujeros de la puerta y de las ventanas resplandecer

"El espantable sol interior!"

Thomas Pollock Nageoire.—Lechy, me parece que no está usted bien.

Lechy Elbernon.—¡Estoy ebria! ¡estoy ebria! ¡hurra! ¡y no puedo sostenerme sobre mis pies, hurra!

¡Soy yo quien ha prendido el fuego a tu casa, Thomas Pollock, y tu fortuna se va con la humareda espesa y amarilla, y he aquí que ya no tienes nada!

¡Hurra! ¡hurra!

¡Criadas, prended fuego a la casa para limpiarla! ¡que todo lo que puede arder, arda!

¡Que arda la manufactura! ¡que arda la cosecha cuando ya está en los almiares! ¡que ardan las ciudades con los bancos,

Y las iglesias, y los comercios! ¡y que el almacén mamuth

Crepite como una pipa de ron!

¡Y yo también ardo! ¡Y tú, tú arderás también en medio del infierno a donde van los ricos que son como una candela sin mecha,

Para que te consumas como la lana y como la pasta que se reduce sobre una placa de hierro!

Thomas Pollock Nageoire.—Lechy, no puedo soportar su profanidad.

Lechy Elbernon, declamando.—*"Todo arde, y la llama del tiempo está adberida a nuestros huesos, y las compañías de seguro no pueden hacer nada.*

"Y esa llama no parece después que hemos muerto, y no nos quedan más que algunos huesos como piedras, y ella se adberie todavía.

—*"Oh! que yo vea una vez más*

"El fin del año y la boja color mejilla,

"Cuando el día es desde la mañana como una tarde y el cielo es siempre puro,

"Y la estación de consumación, cuando el bosque igual que los árboles aislados

"Rinden testimonio al otoño y se inflaman los arcos y los soumacs!

"Y unos están como revestidos de oro que apenas se mantiene, y otros como grandes bayas se agitan en sus mantos marrones.

"Y otros están todavía verdes y otros rosados y rojos!

"Que yo vuelva entonces por el camino cuando sopla el viento grueso y frío!

"Y el mar es como fuego azul y las riberas están pintadas de amarillo.

"Y desde el barco que atropella las

aguas sombrías, miro por donde se extiende la tierra inmensa

"Los cielos escarlatas y verdes en que brilla una estrella gruesa como una nuez."

Thomas Pollock Nageoire.—Me parece que llora.

Lechy Elbernon, a media voz.—*"He salido en la mitad del día y, lo primero, he encontrado*

"Una tortuga sobre el reborde del foso. "Va a llover.

"Entre los campos de yerba y de flores blancas el mar es azul como la concha de la almeja.

"Y en el follaje sombrío del tulipán brillan flores amarillas como faroles de oro."

—Pero eso me recuerda otra cosa.

Se ve sobre la yerba iluminada por la luna la sombra larga de un caballo que corre sin dirección.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué es eso?

Lechy Elbernon.—¡Yo sé lo que es!

¡Corre! ¡anda! ¡detén ese caballo al que su jinete no puede dirigir!

Thomas Pollock Nageoire sale corriendo y vuelve un instante después conduciendo un caballo sobre el cual está atado el cuerpo de Luis Laine.

Lo desata, y Marta, reconociéndolo, permanece un momento como desfallecida.

Después lo toma sin decir nada en sus brazos, manteniéndolo sobre sus rodillas.

Lecby Elbernon.—¡Tómalo y guárdalo ahora! Tómalo, te lo devuelvo.

Es tuyo ahora y no te escapará más. Tenlo.

Ponlo en tu vestido y mira qué grande y pesado es, pesado y no ligero.

¡No estés ya celosa! ahora es tuyo solo.

¡Sácale las tripas! Sácale el corazón, poniéndolo aparte en un frasco. Crúzale las manos sobre el pecho y átale la cabeza sobre las rodillas.

Y consérvalo en tu cuarto, metido en una jarra.

¿No te he vengado bien? Pues, en el sitio entre las piedras pardas

Donde el Sagadahoc espumoso se escapa de las montañas deformes,

El marchaba por el torrente, cubriéndose con la sombra de la orilla y de los árboles.

Pero no engañaba al ojo del cazador y al fusil que sigue y apunta.

Y, como el pavo de plumaje de cobre que un tiro abate en su vuelo,

Así cayó y se acostó en el agua y en las piedras.

Y he ordenado

Que lo atasen al lomo de esta bestia que la inteligencia no conduce. Y he aquí que el caballo te lo ha devuelto.

¡Tenlo pues, y miralo! ¡Es tuyo, síciate de él!

Pues la mujer es celosa y profunda y no quiere compartir.

Y su suerte es amar y no ser amada, pues el hombre no la ama.

Marta.—¿Por qué te has separado de mí?

¿No me juraste, cuando me conociste, Que olvidabas el mundo y que habías perdido el camino para volver a él?

Y yo te amaba y sufría amargamente entre tus manos y te daba a comer mi corazón

Como un fruto donde los dientes quedan hundidos.

Y he aquí que me has abandonado como si te causara horror.

¡Déjame mirarte, oh esposo! ¿Qué dices? ¡Responded, frios labios!

Estás muerto y tu sirvienta no puede ya servirte.

¡Oh qué dolor hay sobre tu pálida figura! ¿y por qué me miras con esa expresión de asombro y de reproche?

Hay un modo en que debí amarte, y no te miras de ese modo.

Y me miras con tus ojos atentos.

Lecby Elbernon.—¿Y yo acaso no lo amé y no tengo que lamentarme también?

La que permanece en la casa, espera Que alguien abra la puerta y la empuje.

Nadie vino,

Y salí por los sitios salvajes y áridos, llevando

Un vaso lleno conmigo, por el desierto de sal.

Y se rompió y el agua de las lágrimas se derramó en mí,

Como una fuente perdida de la que el paseante dice: "Hay agua, pues la yerba está verde", y no encuentra sino barro.

Y yo misma bebo esta agua y estoy de ella embriagada.

¡Reíd de mí, porque estoy ebria y no puedo marchar derecha! Estoy perdida y no sé dónde estoy.

Da algunos pasos vacilantes.

¿Reís porque no marchó derecha? ¿Y vosotros? Ensayad a hacerlo,

¡Mirad qué bien hago la mujer ebria!

Camina sin dirección, vacilante.

"¿Quién me tira del sombrero por detrás? I like some drink (cantando). *Two little girls in blue...*"

Los niños le tiran agua sucia y barro, pero ella está contenta y camina con la boca abierta.

Y su idea es solamente ir a dormir en algún sitio.

Y yo también, quisiera dormir, dormir! Ponedme una losa en la espalda.

Se extiende por tierra y se pone a roncar.

Silencio prolongado.

Marta.—Thomas Pollock, ¿crece usted que la vida merezca ser malgastada así?

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué quiere que le diga? No sé ya nada.

Pienso que la vida de cada uno tiene su precio para los otros.

Marta.—¿Es ésa su opinión? ¿Piensa que la vida de los otros tenga su precio?

Thomas Pollock Nageoire.—Sí.

Marta, sacando del bolsillo de Luis Laine el fajo de dólares.—¡Tome!

Por tener este dinero un momento en su bolsillo le entregó su mujer

Y su propia vida.

¡Recóbrelo! es suyo.

¡Oh Laine! ¡oh Laine! ¡de este modo me engañaste hasta el fin!

Vendiste a tu mujer y poseíste el papel.

Y preferiste el papel que la mano arruga y aja.

En cuanto a mí, te parecí tediosa y la vida

No te pareció de ningún precio junto a los sueños.

Recobre ese dinero, Thomas Pollock, que vuelve a usted. Mire si está bien la cuenta.

Recobre ese papel con el valor que está escrito encima, para que uno no se equivoque.

¡Sea feliz! Transfórmelo todo en papel para que pueda meterlo en sus bolsillos.

Thomas Pollock Nageoire.—Recuperaré ese papel, pues no hay que echarlo.

Y el dinero es una buena cosa para los que saben servirse de él.

Se levanta.

La jornada ha terminado y otra ha comenzado. He aquí que me levanto. ¡Oh cuán pesadas me parecen las piernas!

Dulce-Amarga, cualquiera que sea el mal que le he hecho, perdóneme.

Marta inclina la cabeza.

¿Qué va a hacer ahora?

Marta.—Voy a hacer mi vestido de luto, soy viuda.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Puedo ayudarla en algo?

Marta.—Thomas Pollock, soy más rica que usted.

Paradiso

(Concluye el Capítulo V)

Los sábados las clases se terminaban a las once. La tarde libre, para aburrirse jugando a las damas, en el tablero quemado por los cigarros del mediodía, que se ladea, se dobla como un cartón aguado, hasta terminar en un humo oscilante, de gelatina. La niñez que es ese momento en que saboreamos el tedio en estado puro. Aburrimiento, tedio, ocio, pereza, la misma corbata azul asegurada por el pasador del abuelo. Puesto ahí, al despertar, por la otra mano.

—Desde el primer día de clase, le decía Fibo a José Eugenio, me di cuenta que tú eras hijo de español. No hacías ninguna maldad, no estabas muy asombrado, no parecías darte cuenta de las maldades que hacían los demás. Sin embargo, después de fijarnos en los pupitres, en lo que uno se fijaba era en ti. Tienes la base como una raíz. Cuando estás parado parece que estás creciendo, pero hacia dentro, hacia el sueño. Nadie se puede dar cuenta de ese crecimiento.

—Cuando entré en la clase, le contestó José Eugenio, me sentí turbado hasta el humo, me pareció que llovía. Tocaba niebla, pelliczaba tinta de calamar. De tal manera que tu punto hiriente me hacía comprender dónde estaba, me rectificaba, me tocaba y no era ya un árbol. Pude darme cuenta que ni Alberto Olalla ni yo recibíamos tus pinchazos. Qué indiferencia para nosotros, querido. — Al decir esto se notaba claramente que se burlaba de Fibo.

—Casi nunca me adormezco, continuó, o me siento reclinado. Siempre estoy haciendo respuestas, creando actitudes ajenas. Necesito equivalencias, luego surgen las grietas, el hecho sólo es creado por mi respuesta. Entonces, llega invariablemente un momento en que me siento molesto, respondo sin que se me pregunte, me parece que es un tercero el que me está preguntando. Pero no te me escapes ¿por qué aquel día fuimos nosotros dos los que nos salvamos del Kris malayo?

—A pesar de la niebla de que tú hablas, pude ver que ponías el tintero más al alcance de tu mano. Preferí primero provocar el grito de Enrique Aredo. El caso de Alberto Olalla es otro, sé que se hubiera fajado conmigo en la misma clase. Pero no fué eso lo que me detuvo. Siento en su presencia que me rebasa con facilidad. Lo vi un día hablando inglés con unos marineros. Otro día pasé por donde él vive, y lo vi que estaba jugando al ajedrez. Otro día en la esquina de su casa fumaba, sin importarle que lo vieran sus familiares. Se decide antes que yo, llega antes que yo, me

Thomas Pollock Nageoire.—Eso es cierto, pues heme aquí sin nada.

¡Cuánto me parece que he envejecido! Soy viejo y será preciso que me ponga bajo el amparo de otro.

Ya no tengo coraje y aquel fervor que tenía en el trabajo; ¡me pegaba a mi idea como una ostra se incrusta en la piedra!

¡Oh Dulce-Amarga, me acordaré siempre de usted!

¿Qué es preciso hacer ahora?

Marta.—Cuide de esa mujer.

Thomas Pollock Nageoire.—Lo haré.

Marta.—¡Thomas Pollock! ¡aprenda una cosa del pródigo! ¡aprenda una cosa del avaro!

Aprenda una cosa del hombre ebrio y del joven que ama con un amor desordenado.

Y aprenda una cosa de las mujeres.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Qué va a hacer ahora?

Marta.—¿Qué sé yo? Heme aquí viuda.

¡Ay, Laine! ¡Oh

Mi marido! ¡oh lo único que tenía!

Pero está bien que así sea.

Si, es bueno que estés muerto y que me encuentre así, sola y desolada,

Y es justo y bueno que no haya sido según mi voluntad.

No me toca a mí saber por qué, pues soy una simple mujer, y sólo me cumple obedecer.

No vemos a Dios; pero vemos al hombre que es la imagen de Dios,

¿Y no alabaremos al sol que nos permite verlo y mirarlo?

No, no sé lo que haré.

Basta el día presente, basta vivir hoy, y hacer lo que se tiene que hacer con cuidado.

Coseré, trabajando en la labor que tengo sobre las rodillas.

Thomas Pollock Nageoire.—¿Quiere darme la mano?

Ella le tiende la mano, que él estrecha en silencio.

Marta.—Ayúdeme a devolverlo a la casa.

Salen, llevando el cuerpo.

FIN

PAUL CLAUDEL

New York-Boston, 1893-1894.

Traducción de Cintio Vitier.

doy cuenta que es un animal más fino. No siento deseos de irritarlo, sino de acararlo. Me gustaría que me confiase secretos. No quisiera pincharlo, sino si le pasase algo desagradable, si lo asaltasen en el campo unos ladrones y lo amarrasen a un árbol, me gustaría ser el que lo zafase, el que lo ayudó a zafar el nudo, y sin que él me dijese nada, ni siquiera las gracias, pero que existiese ese hecho, eso que a mí me parecería buena suerte, buena sangre para unos cuantos días. No hacerle yo ningún daño, sino que se lo haga otro, y entonces llegar yo para ayudarlo, cortar las cuerdas de la silla donde lo amarraron. Como siento que es mucho más que yo, que sea algo también superior a mí lo que lo amarre. Combatir con lo que a él lo combate, pues contra él sé que nada puedo. Sin embargo, sueño siempre que alguien lo está amarrando.

—Cuando salgo de casa, dijo José Eugenio, mi abuela Munda me encomienda al Niño de Praga, al niño del manto. El hubiera oído sus ruegos, el tintero te caería en la misma cabeza, para que te convirtieses en un diablo temblequeante. Siempre que se tira un tintero, o meros galones nuevos en una manga, o algún bigotillo ya no debajo de la nariz. Pero mi tintero, bajo la advocación del niño del manto, te hubiera puesto una sotana bien cortada, muy reluciente.

A Fibo no le gustó la fanfarronada. Se le notó en la pausa que prolongó antes de contestar. —Eran ustedes, tú y Olalla, los que me interesaban que vieran a lo que yo me atrevía, —dijo muy bajo, como temiendo que las palabras se separaran demasiado de él—. El grito de Aredo es una divertida conquista para la unidad de tiempo de una clase. Si el tiempo se hubiera prolongado, no sé hasta dónde me hubiera atrevido... quizás hasta el mismo tintero, hasta la superioridad de Olalla me hubieran tentado, pues no puedo estar mucho tiempo sentado en la plaza sin disparar un flechazo, sin sentir que el tiempo ingurgita con dificultad, se atora. Además, Olalla me dijo que tú eras su vecino, y que si te pinchaba, sería como si se lo hiciese a él. Parece que tiene por ti mucho aprecio.

—No parecía ni que se hubiera dado cuenta que era mi vecino. Nunca hemos hablado. Me alegra que me hayas dicho eso. Se sintió acometido por una indescifrable alegría. *Eso* iba a modificar toda su vida como un relámpago.

—Pues a mí me sucede todo lo contrario, esas intervenciones súbitas me parecen superficiales, casi siempre rectificables, —continuó José Eugenio, retomando el hilo. Son como las mordidas del perro al que está sentado en un quicio, soplando la filarmónica. Pero, querido, hay que morder al que está esperando que uno lo muerda, como si anteriormente lo hubiera mordido una serpiente y ahora nuestra mordida lo pudiera salvar. Pero a mí me pasa que impasiblemente me he quedado fuera del teatro, y todo me parece que consiste en que alguien que está en el teatro se aburra y entonces venga a hablar conmigo, no le quede más remedio que encaminar sus pasos a donde yo estoy. Pues el que está fuera del teatro, porque no quiere o porque se le hace imposible entrar,

solo se puede encontrar con el que está instalado en el teatro, y de pronto siente el deseo de escapar. Como en una transfiguración, en el momento en que Aredo gritó, te pusiste fuera de la clase y ahí te encontraste conmigo, pues lo que siento es que nunca puedo estar sentado en la clase, sino paseándome a un lado y otro, como cuidando algo que no veo. Un día vi en el Zoológico un oso tibetano, se siente siempre intranquilo, aunque nada a su alrededor tienda a irritarlo, gira, persigue un enemigo que no llega, encara las orejas, escarba, mira con odio a una invisible fruta que se descuelga. Exteriormente impasible, pero por dentro la inútil intranquilidad de un oso tibetano. ¿Cuál será su sueño? ¿Cómo hacer que concurren al mismo punto la amistad visible y la enemistad invisible?

Le pareció que había avanzado demasiado de un solo golpe y se calló un poco vacilante. Reaccionó buscando alguna pregunta banal: —¿Cómo estará Enrique Aredo, después del pinchazo? —preguntó para abreviar la pausa y borrar todo trascendentalismo en lo que había dicho.

—Creo que muy bien, más contento que una col francesa rociada con leche, o como diría el mismo Aredo, como un lechón pintado de verde, —contestó como de un solo empujón—. Ayer estuve a visitarlos, su padre quiere que me pase unos días con ellos en la finca. Su madre me quiere regalar uno de los cachorros que ha tenido la galga rosa.

Desde entonces comenzó ya a sentirse en la otra familia. Le pareció que si Aredo había sido pinchado, la reacción tenía que partir de ahí: el que se decidió a pinchar y el que un inmenso azar había dictaminado que recibiese el pinchazo. Y que ya eso no se podía borrar, como si un ordenamiento feudal hubiese dictado la acción y el precio de esa acción para siempre. Estar por debajo de un hecho, voluntariamente, le parecía una sociedad secreta de demonios blandos. La acción engendrando el odio derivado, pues ese hecho había separado, y él lo separaba ya por una eternidad, a Enrique Aredo de Fibo. Se imaginaba al Aredo blando, lechoso, de ojos donde la luz no convergía al fuego de una energía, diciéndose: para que no me pinche más le regalaré bombones, procuraré halagarlo. La madre, al enterarse por su propio hijo de la mordida que le dió el punto fulmineo, diciéndose: quitemos esa dificultad, ese enemigo que rodea a mi hijo. Vamos, no a robustecer a Enrique, sino a debilitar al pobre titi que no sabe qué hacer con su energía, con el fósforo que le estalla en su sangre, sorprendiéndolo. Y el padre, que jamás se hubiese fijado en Aredo si no es por el pinchazo, diciéndose: convidémoslo a la finca, hagamos el juego hasta el final, disimulemos que el pinchazo ha sido dado, que tiene que engendrar odio. ¡Qué horror! Las aguas llenas de cicatrices, inútiles, frías, de curso muy lento, del odio derivado. Del rechazo a toda acción que esté fuera del orden de la caridad. Le pareció que aquel Fibo saltando entre los pupitres, moviendo en el aire su pluma de guacamayo tuerto ante el fuego del cánaveral, era uno de esos diosillos que se escapan de la armadura de Aquiles, en la

fragua de Hefaiostos. Después lo veía, sombría velada en que hablaba de cacería con el padre de Enrique Aredo, salir deshuesado, ablandado, en masa de pan mojado, despreciado por todos los punticos del paladar, sustancia corrupta en cuya bolsa estomacal una luna fría se iba evaporando.

El viejo profesor de inglés ya no se preocupaba si sus enseñanzas encarnaban, arenisca o roca dura era lo mismo para la sucesión monocorde de sus pisadas. Sus explicaciones cobraban ese momento en que el bengalí, linfatizado por el Sermón del fuego, se iba extendiendo por las interjecciones de las tribus normandas. El vaho adensándose en el final de la mañana, doblegando, como si fuese un coloides yodado que remedase los movimientos de un árbol ante los dictados de la brisa, la pluma arcoiris de Fibo. El punto de acero convertido en un atol no se apoyaba en la resistencia, siquiera fuese blanda como las glúteas de Aredo, que le ofreciese otro cuerpo no movilizado. Enrique Aredo con el mentón dejado caer en el cuenco de la mano, seguía absorto sobre el pupitre la danza del lapicero con el compás, pequeños andruecos de cuerpos deshechos como hongos bajo la lluvia. El sopor había destruido la sucesión de los puentes donde la voluntad y la atención vocean juntas en su estratégica retirada bajo el fuego de la dispersión. La voz de Alberto Olalla, nerviosa y seca como una cepilladura de madera muy fibrosa, se alzó con triple eco de las grutas del sopor. Un verso de Browning pasó como los gritos de un joven escita sobresaltando un lavadero de ropilla para el sueño. Alberto Olalla se dirigió de pronto al profesor, inquirió por la traducción de:

thinging songs of things

y la clase entera despertó con una carcajada. Pasaba Jordi Cuevarolliot por el patio y la brusquedad de las risotadas imantó su persecución. Penetró en la clase cuando Olalla todavía galleaba las sílabas finales del verso de Browning. Marchó sobre él y zarandándolo por uno de los brazos gritaba: —Coja un baño, coja un baño—. Era el castigo máximo. El aprendiz tenía que estar oculto en uno de los baños de la galería que se extendía al lado del refectorio. Si salía del baño, la mirada de todas las clases lo precisaba en su vergonzoso castigo. Así, huyendo de los innumerables ojos que seguían el castigo, se iba hundiendo más y más en el baño. El terror llegaba a extenderse a todas las clases colgadas de las dos bandas del patio, pues mientras el suplicante se abandonaba al sueño en aquella mazmorra, todos los aprendices seguían sus pasos por aquellos subterráneos, temblaban ante cada supuesto pedañito que crujía, y el moho de aquella imaginada humedad verdinegra se apoderaba de la respiración del coro que seguía aquella extraña exploración. Ejército en vela, que ha enviado un emisario que tendrá que inventar, que encontrar casi por milagro, el prodigio de su regreso.

Retrocedió hasta la empalizada, último castigo de su huida forzada, donde el gris y el cemento son redondeados como la ceniza baja del campamento de las nutrias. En

el cruzamiento, emparejados pero irreconciliables, de los tubos de plomo, en la cara tronada de la ducha, el ave de Angra Mainyu, que despierta como la muerte. Que le regala duraznos a la serpiente de río. Que prepara para la abuela, corriendo por las azoteas del castillo incendiado, las mandrágoras del invierno, el can frío que tira de las raíces del recién lavado.

La ducha, cabellera del arpista, águila descoyuntada y gaviota sobre el latón semi-acostada flexibiliza las toscas angulosidades musculares, para transportar a Olalla, retrocediendo, con los brazos abiertos como si su sombra estuviese ansiosa de guarecerlo en un nicho. La ducha, águila de Angra Mainyu, que despierta como la muerte, quiere transportarlo desde el paredón, apuntalando desde el otro lado por las carcajadas de los que esperan la banderita del balón, hasta el tragante, a tres pasos de gibao, que habla hacia dentro, como el vacío chupado por el calamar para elaborar su tinta excepcionalmente albina, fingiendo salpicaduras jabonosas, bigotillos de foca que sobre una mesa otomana retoca con su nariz pitagórica de androgino, las bolas secas, los gorros del ladrón de la mezquita. Descalzo, conversa con Angra Mainyu, que despierta como la muerte, para retrasar las cosechas. Descalzo, con las langostas y los que vienen a matar. La agujereada máscara del águila distendió los dos tubos de plomo y llevó a Olalla al borde del tragante del baño. Asomado a su fondo, vió a Enrique Aredo, del tamaño de un faldero, haciendo zalemas en el portal de su granja, con una cazadora de coloradas tirillas de zarape. Desnuda toda la pierna izquierda, sonriéndose, mientras transportaban al jabali, con la cabeza horriblemente fílcida, en una parihuela de hojas de plátano y tejas coralinas.

Lagrimaron las aspilleras del águila-ducha, *Frontis de Ducha* ha cruzar ahora los siete pies de granadero nocturno, para llevarlo hasta el tragante del patio. Más amplia boca para las innumerables llegadas de las lluvias. Para enfrentar a Angra Mainyu, que despierta como la muerte, Cotzbalan, el que convierte el cuerpo en arena, el enemigo, en su bruidña y ceremoniosa indiferencia temporal, en sus ratos hostezados sobre el mar, que acude a la garganta del eco, para esperar allí los mismos invitados. Con su máscara de Príncipe Negro lagrimoso, los dos irritados tubos sueltan a Olalla en el abombado ojo del segundo tragante. Siete pasos de granadero nocturno. ¿Por qué Angra Mainyu, que despierta como la muerte, en el primer tragante? Las raíces con mandrágora sólo podrán pasar al apaleado perro frígido, dilatándose las raíces del sueño conducido hasta el perro tan rameado como muerto, que salta en los pornográficos gabinetes de Volta. En el fondo del tragante, la glorieta del hombre acodado en la mesa. La madera frotada por el plato pellerrojo de cobre, y allí como una diosa que vocea para turbar a los pastores en sus fornicaciones, una fuente con anchurosa, toscana, colorinesca agua maternal.

Para salir del aula, Enrique Aredo fingió necesarias unas gárgaras de genciana. Impulsado por una indecisa curiosidad, que se le fué convirtiendo en mortificación, se acercó

a la mazmorra subterránea de Olalla. Abrió la puerta, que lucía tatuajes de fórmulas matemáticas y variantes grotescas del frenesí. Un cuerpo extendido en su mediodía perezoso, con un cabrito escondido detrás de un cocotero, con una inscripción semiborrada, que por su encadenamiento semicircular parecía surgiendo del menguante: *Que tu sombra me apriete*. Olalla estaba desnudamente dormido, la ropa hinchada por el descuido, náufrago que ha puesto su ropa al fuego. Apoyada la espalda en la pared donde crecía el esternón de plomo de la ducha. Detenida entre el índice y el anillo de la mano derecha, la flor del sexo pendía en el hastío final de la desnudez, cuando el sueño comienza a inclinarnos en la primera victoria de Angra Mainyu, que despierta como la muerte. Ahora, en el fondo del tragante, José Eugenio Cemí, levantaba la jarra, curvándola sobre un vaso, que a medida que su mano acrecentaba la parábola de la caída de las aguas, por una elasticidad del sueño que borra las dimensiones entre los objetos, llegando a convertirse en una cascada rodeada de una naturaleza detenida, congelada, sin claroscuro temporal, donde la materia se había rendido a la penetración de las aguas en el sueño. Mundo espongiario, indistinto, donde las concéntricas rosetas indiferenciadas, señalaban las contracciones de su desprendimiento, inexistente la región donde el color, como una sombra que muere al retroceder, también inútil sus mordeduras, comenzó a fijarse.

Sentía que avanzaba siempre hacia Angra Mainyu, que reaccionaba contra la muerte del primer tragante, pero no saboreaba la semilla en su cáscara de gelatina, cuando la luz no la encuentra hasta que penetra en las sucesiones de la tierra, hasta que el ahorcado trasciende su sustancia hasta llegar a las exhalaciones calóricas del perro apaleado. Su cuerpo tenía que anclarse solamente en el espejo de la muerte, pues Cotzbalan no puede luchar con Angra Mainyu ¿pues cómo vamos a enfrentarnos con la muerte ya con el cuerpo destruido? La hoja trenzada a los huesos de la testa, desde el resonante Pindaro hasta los indescifrables mitos eritrosos, puede ablandar la falsa resistencia, favorecer lo podrido por la lluvia si el fuego de cocción dispersa sus hormigas titánicas y enloquecidas. José Eugenio Cemí, entre el mulo displicente del primer tragante y la cascada miniatúresca cayendo encerrada en la cabina de la segunda charaboya, se veía tenaceado entre la mentira y la destrucción del cuerpo. Y la flexibilidad de los dos tubos de plomo con la spillera de sus fortificaciones nasales, era un remedo del águila aceitera del Cáucaso. Le quedaba tan sólo ir más allá de Cotzbalan. Recogió la ropa para emprender la última decisión donde ya no se columbraba el espejo subterráneo del segundo tragante. Al asomarse vio la marcha de Jordi Cuevarolliot, subplando por los poros al apresurar el corpúsculo de Malpighi, monstruo provenzal exhibiéndose en una barraca tropical. Toda la ropa sobre el brazo derecho parecía convertirlo en un ladronzuelo de un mercado de Esmirna. Se recostaba en las paredes arañándose casi las espaldas, atravesando el desierto de los dos patios. Al pasar frente a su aula sintió como si un péndulo

golpeará el pizarrón. Vio que la puerta se abría hacia afuera, como aparece en el *Y King* cuando alguien la sopla. Se escondió para vestirse en la resguardada oscuridad de un ángulo del último patio. Los escribas arracimados en las aulas vieron el deslizamiento de la desnudez de su sombra, pero estaban como petrificados y fingían una intrigada curiosidad por las palabras que salían como arañas de la boca baritonal de los maestros. La nicotina de aquellos profetas de la decadencia ponía manchas leopard en la fingida curiosidad.

Aredo pactaba con Fibo. Le decía lo que había visto en la caseta del bañista, convertida en la mazmorra sentenciosa de Yugurta. Fibo atravesó el aula, como a quien no le importa ya que lo fusilen los guardias nocturnos. Aredo le entregó su compás gigante, del tamaño de un cangrejo ciego. Y desde la misma distancia del sillar babilónica de Aredo lanzó el compás sobre la playa negra. El pie en punta del compás se enterró como media pulgada y el otro extremo del trazo movía la otra pierna para producir un final semejante a una orden reciente de desensillar recibida por la caballería.

Al entrar Jordi Cuevarolliot en el aula, sorprendió la algarabía despertada por la enloquecida hazaña de Fibo, disparando con las elegantes ballestas de Aredo. Aún el compás movía una de sus patas, produciendo un ruido como de muelas de cangrejo saboreando una hoja de palma. Cuevarolliot no pareció irritarse por el tumultuoso paréntesis engendrado como por un secreto soplo en el cuerno en que se había metamorfoseado el compás. De un manotazo invisible extrajo de su campo óptico el aula aclamando al actor que había interpretado una cólera lejana. Arrancó el compás del pizarrón con un fragmento plisado del hule y unas astillas de la madera desemozada.

Movido por un torbellino cuyas leyes se gozaban en su incumplimiento, volteó su cuerpo Cuevarolliot, pues al perseguir un cuerpo, que por su gusto huía por los subterráneos, sentía cómo crecían dentro de él la ausencia y la sombra penetrando en el cálculo del remolino. Picó ferozmente con el compás en la puerta de la mazmorra, pero se encontró conque dentro de la caja, el desencordelado había dejado tan sólo las huellas de los cigarrillos vencidos. Intentó destruir la esencial simetría con sus zapatos voraces, fulmineo pisapapel en zigzagante túmulo sobre las cenizas.

Eran los recuerdos que quedaban de la sombríamente movilizada hija de Inaco, la enloquecida Io, apresada entre el recuerdo de la música de las duchas y los cigarrillos pisoteados por la furia de Cuevarolliot, sombras de un Argos que no habían podido impedir la fuga. Pero el pequeño claveteado, que conversaba con el resentido cariño de la hija de Inaco, se había apoderado del primer día en que rodaría su fuego rescatado.

Gozosa Luciérnaga bañándose con la música de la oscuridad incorporada, al llegar Alberto Olalla a la esquina del colegio, encendió un cigarro clarinante. Triunfo sobre el encierro injusto, la pequeña candela retocaba su orgullo. En el centro de un "carrefour", de una encrucijada, la diversidad que corría hacia él no podría sofocarlo, tendría

que comenzar a recoger su cordel y enredarlo de nuevo en el carretel de un orgullo que se precipitaba sobre su propia energía encegueciéndolo.

Se dirigió hacia los caballitos, porque para la pesadilla de los niños y la pereza sonambúlica de sus acompañantes, acudido a esa hora, las inservibles cuatro de la tarde, de vagabundos, criadas recién bañadas, presionando las manos de bandadas de niños con los ojos enormes contemplando la brillantina inferior que el sol riega sobre los levitones. Enormidad de unos ojos devorada por unas ojeas de tierra morada, voluptuosamente agrietada. Se recostó en la cerca que rodeaba a los carros "whip", que mezclaban una ceñida elipse en sus revoluciones rotativas, y de pronto, como un golpe seco que después se impulsaba como liberado momentáneamente de su órbita por un latigazo, al que debía su nombre, que se acercaba retardadamente a su contorno y después retrocedía calmándose con socarrona lentitud, como si se burlase del susto que presuponia y en el que cifraba su delicia. En uno de los carros una muchacha, de unos dieciséis años, pasaba sus dedos por una flor de pitahaya pequeña, que parecía querer volar cada vez que el carro pegaba un latigazo. Asustada la muchacha se empeñaba en que no le escapase la pitahaya. Se paraba dentro del carro, empuñaba el protector para amortiguar la descarga, trepidando y enrojeciéndose. Su piel débilmente sonrosada, vetada de franjas linfáticas, se iluminaba a ratos perseguida por el verdor asombrado de sus ojos. Alberto Olalla recorría con pausas impulsadas por su erotización, que se hacía visible por las veces que el pañuelo rectificaba su sudor, desde el amarillo excitante de la pitahaya hasta el verdor humildemente provocativo de los ojos de la muchacha. Su piel olía a despertar y el verdor de sus ojos copiaba esa última cola de pez empuñada cuando penetramos en el sueño.

Al fin, los latigazos del carro no pudieron ser contenidos y saltó la pitahaya... Cuidaba el motor de nafta que impulsaba los carros, un viejo en overall, manchado de aceite, con los bolsillos llenos de estopa maloliente a piñón desengrasado. Su cara aún rubicunda, manchada de lamparones, lucía, aún inmotivada, una risa que se presentaba a intervalos gozosa de vocear su carnalidad. Una risa benévola, que, paradójamente borraba toda sensación de confianza, lo hacía aparecer hombre de muy poca buena compañía. Su pelo alcanzaba interrumpidas ondulaciones de rubio originario, maíz blanco amarillo y blanco yerto. Cogió la pitahaya y se la colocó con escandalosa prociadidad en la oreja, hormigueante de espinitas negras, de salientes cartilagos, que parecían al ser atravesados por el sol, espinas al nivel de la piel. Su maliciosa cara estaba clavada en su centro por el dolmen de un tabaco del tamaño de un murciélago con las alas abiertas. Su cara parecía una réplica burlona a la evidencia cenital de aquel momento, se sonreía, mascaba la chupada y lanzaba una humareda propia de la locomotora de un parque infantil.

La muchacha, al término de aquel endemoniado girar latigueante, se dirigió al

hombre viejo con la pitahaya curvada sobre la oreja. Le rogó la entrega primero, lloró después, pero el hombre continuaba en su sonrisa y no daba muestras de querer desprenderse de aquel cristalizado furor amarillo. Comenzó a gritar, a enrojecerse y a golpear en el pecho del viejo sonriente, pero que no devolvía la pitahaya. La gente ociosa, dispuesta a prenderse siempre de un punto hinchado, comenzó a arremolinarse en torno de la escenografía, donde si las sombras de un ruinoso castillo hubieran defendido una pitahaya de la voracidad indolente de un gato, no hubieran centrado la menor dispersa curiosidad, pero capaz de cerrarse en mucedumbre si un viejo tiznado de aceite prieto, no entregaba una pitahaya a una muchacha exacerbadá, en lugar de extasiarse ante aquel detonante ornamento sonriéndose con ferocidad en una oreja cuarteada. El viejo se limitaba a ceñir los brazos de la muchacha y a llevarla hasta la fila de los que esperaban su turno para entrar en la estrella giratoria. Así lo hizo tres veces, procurando el viejo con caricias aceitosas remansar los botones de la camisa zarandeados por la muchacha. Arreciaba la multitud contentada al ver la muchacha, que ya había sistematizado sus cóleras, correr desde la fila y golpear en el pecho del viejo, que recibía los frenetizados golpecitos asegurándose aún más la pitahaya sobre la terrosa oreja. Alberto Olalla se acercó a la muchacha y le entregó un lapicero, traído de Jacksonville, que renovaba la punta de cuatro creyones diversamente coloreados. Comenzó a apretar los resortes y a tocar con la yema de los dedos las puntas que asomaban y sus fulminantes sustituciones. El viejo desapareció deteniendo en su oreja las nuevas órdenes que recibiría la pitahaya en el cambio de cuadrantes.

Olalla salió del parque de los caballitos con el tiempo distendido, relaxo. Le parecía que sus cabeceos al andar ya no iban a horcajadas sobre el zumbido del tiempo. Cabeceos y zumbidos, cada uno en espejos contradictorios. Caminaba buscando motivaciones banales, aunque voluntariamente hipertrofiadas, para que el tiempo al seguir los laberintos del cordel desenrollado por la tierra golpeada, se golpee en caminos más dilatados, oscuros y costosos. En el islote de una esquina el tedio comenzaba a tirolearlo para la ribera de risas y de simios. Donde las granadas se ofrecían en mimbres coloreados. Preferió la que en forma de farol colonial se mostraba a la entrada de un cine. Su indicación necesitaba rectificarse con violencia no muy visible. Al entrar golpeó con el puño el cortinón vinoso en mesa de pobre. Se alborozaron las cortinas, que comenzaron a coletear concéntricos visibles, impulsándose como un oleaje que va tropezando con piedras escalonadas, hasta ceñirlo tan tumultuosa y rápidamente, que sólo pudo liberarse de aquel cilindro sombrío y burlesco, arrodillándose y describiendo con las manos el gesto del nadador que sacude su cabellera a cada ola que rechaza.

Se sentó en el lugar menos acudido, ostensiblemente en soledad. De vez en cuando la luciérnaga del acomodador tropezaba con sus ojos errantes. La linterna no excarbaba asientos por sus alrededores, pero estaba rodeado de tanto vacío que si alguien inten-

taba sentarse por aquellos cotos, la falta de bultos interpuestos facilitaba el desembarco. De pronto, observó que se deslizaba por el alfombrado entre los asientos el viejo del *whip*. Sólo que ahora llevaba el casco central de la pitahaya en la *bouttonnière*. Sus brazos parecían aspas que luchaban con subrayable ostentación con la oscuridad de entrañas de plomo. Pasó tres o cuatro asientos delante de donde estaba sentado Alberto, seguía moviendo los brazos como bolos lanzados a la sombra. Mostraba su sonrisa, que disimulaba una lombriz que no retrocedía. Penetró, siempre girando los brazos, en la fila de Olalla. Se afincaba momentáneamente en un espaldar, palpaba con la punta de las rodillas un asiento, levantándolo y dejándolo caer con gemido de resortes y madera cloqueante. Cuando una de sus manos, como si no le preocupase aquella finalidad, como si tuviesen otras motivaciones su erancias de Siva, fué a posarse en el sexo de Alberto Olalla. El viejo de la pitahaya sonriente parecía que iba ha seguir con una mágica indiferencia exterior, pero el fugado descargó la concentración de su energía muscular como un relámpago bíblico entre la pierna y la cadera del errabundo de las sombras. Se levantó fulmineo y descargó un carro de centellas interjeccionales. La pitahaya movió su cara hacia las sombras. Al llegar de nuevo Olalla al enrollado cilindro del cortinón hundió de nuevo su puño en los pliegues ceñidos. Farfullaron las fantasmales carnes plegadas y se fueron extendiendo a lo largo de la varilla de sostén. Cariacontecido Olalla recibió el tironeo de la marchosa felpa, que pareció de nuevo extender su acordeón hasta el islote de la esquina. Donde quedó el tocado, con el cigarro descendiendo por la sudorosa nariz.

Las luces corriendo por sus canales: ratones. Quedaba ahora la noche ofreciendo su piel de cazón fuera del agua. Quizá fuera más exacto decir: la noche por las entrañas del cazón. No podía retroceder, quedaban muchas cosas atrás, sin punto de apoyo en la estrada, fofa masa del tiempo, en la gaveta llena con los crespos de la madera cepillada. Las luces hacían su recorrido por flechas reidoras como chivas, o por ojos taimados tironeados por las cejas. Ahora, en el cuerpo de baile de las luces, fijas: *Reino de Siete Meses*. La puerta, como la coraza de una fruta, muestra, tenía imbricadas las escamas de su persiana, que sin ser ornamentales, eran retardadamente inútiles. Pero había que combatir la lisura comunicativa del cedro con persianas polidrícas. No precisó el significado del nombre del bar, pero la movilidad de sus luciérnagas parecían invitarlo a que saltase en el centro de la manta.

Al empujar la puerta subrayó en el marco que ceñía las escamas imbricadas una inscripción: *Portae mae tantum regis*. Sintió, al recorrer, sin descifrarla, la sentencia latina, que lo tocaba de terror, como un golpe seco en el hombro, y después sentimos una lombriz fría que nos recorre la garganta, con la insistencia de una monótona dirección ciega. Asoció la no descifrada sentencia latina con las salmódias corales los domingos en la iglesia de Jacksonville. La campana de piedra, con badajo de madera

podrida, daba una sonoridad que se propagaba sólo para él, mientras en torno los que no están en el hechizo infernal, los que ladean su testa en el perfume del aire bienaventurado, oyen cantos, traqueteos de carretas trigales. Sólo el furtivo, en el infierno del barrio, oye la campana pedregosa, el badajo podrido, los mosquitos que raspan la piedra para morder el arcángelico caballo del herrero con la boca llena de arenilla.

Fingió una arrogancia ensalzando el pecho como un baulito. Subrayó el refuerzo de un cigarro y se fué recto a la cantina. El que le iba ha servir era un calvón, muerte ceñida de lino con su nombre sobre la tetilla izquierda. En la curvada toldilla de la cantina se risotaban una pandilla de cuatro saltamontes pícaros. Tres de ellos eran ripieras de bailongo, falsas compresas para el tedio. El cuarto, el seriate. Estaba allí como levantado por la sorpresa, y ya después, sin adecuación, entrecruzaba su asombro, mientras el trío cuchicheaba, hacía apertes, preparaba burlas muy lentas, para sin sobresaltar al seriate, confundirlo en perplejos de buey. Aparte, en regalada, indiferente principalía, un adolescente maduro y mascado, cuatro o cinco años demás que el Olalla. Este se sentó más cerca del unigénito sietemesino, que con su traje azul listado de nuevos azules, con sus brazos cruzados, su cara de un papel respetable, tenía fácil y despedida la imantación. No pareció notar la cercanía, disimuló a cabalidad el estrechamiento de alegría. Sin descansar los brazos, maniobró con astucia todo su cuerpo para acercarle más al mostrador, ciñéndose como antes de comenzar su apoyo en un libro transparente, pero dispuesto a pasar página tras página.

Olalla leyó en el espejo: *Crema Tangarai*. Ginebra, limón, soda, resbalante refrigerio para el estío húmedo. Se ancló tres veces, sin pausas disimulonas, en los zumos holandeses. Quizá por alguna broma del cantinero, irritado por los cuatro coaligados para la noche del grotesco y del capripedo, le soltó la aromática con excesivo látigo. Entonces oyó, le parecía oír hablar por primera vez: ¿Por qué Reino de Siete Meses y no Reino de Sietemesino. Lo primero es un paréntesis; lo otro, una pragmática sanción. En la casa báquica del bambú cinchado es donde debe distinguirse entre Siete Meses y Sietemesino. Monstruoso es el sietemesino y siete meses es la introducción a una cita de Kierkegaard: "los nueve meses que he pasado en el vientre de mi madre han bastado para hacer de mí un anciano". Luego siete meses es el reino de los cantos y de las novedades de Osiris, de la muerte en la sequía y del retorno en las inundaciones. Horus, oculto en las encrucijadas, canta en las inundaciones, mientras Osiris va pasando al reino de los muertos. Al decir esas cosas, alejado de la terribilidad y de la salmodia, la voz le permanecía alegre, juvenil, entregada con gracia cariñosa. Por una serie no causal de vivencias interpuestas, los fragmentos, las interpolaciones, las reconstrucciones tardías, el cotejo de autoridades, se organizaba en él, al transmitirse, en plasmás exultantes, simpáticas fibrinas que pellizcaban al cuerpo como una guitarra.

—¿Ahora lo que usted quiere es entrar en el sentido de la frase latina? Yo fui el

que se la di al dueño, cuando acabaron de construir el bar. "Sólo le abro la puerta al rey", la favorece una vanidad, pero después de cierto tiempo la enarca el ridículo, es el tiempo en que debe de retirarse—. Cuando el seriete del grupo de cuatro fué al servicio, convergieron los restantes, echaron humo, risas, intenciones. Pero el consejero latino, el diferenciador de los siete meses, se aproximó entonces más a él, y le fué diciendo, develando: —Cuando usted derrumbe el primer cabezazo ginebrino, uno, el diminuto sabandija, se le acercará para decirle un itinerario sulfúreo infernal—. Olalla oyó la dirección como ratones petrificados, retuvo. —Lo llevarán por unas casas de yagua, latones y caminos charcosos. Verá ya en el lecho una desnudez silenciosa, que lo mira esperando la priápica convergencia energética. Saltará sobre el lecho, como en la madrugada del río, el caballo busca la brisa para adormecerse de nuevo. La mujer con los pies replegados, invisible, en punta de sirena, mostrará la beneficiosa canal de sus muslos con escarcha de Noche Buena, llevándonos, en su resbalar de quejumbre, a la Nebulosa. Le dará una pócima para hacerlo dormir sin entorpecer sus preparativos para la burla napolitana. Al final, el demonio ayuda también a cantar. Prepara en una copa extremadamente facetada, el zoon o célula animal viva. En realidad, es clara de huevo, sonriendo las delicias de Cennino Cennini. Rasgueos del diablo en el lecho: *Osculum fine spina dorsalis*. Mientras los cuatro diversionistas almirantean detrás de los agujeros en la yagua rechupada, la sirena de cola que esconde las astillas de madera y los fríos resortes de níquel plateado, extrae las yemas de su impedimento de crecimiento en la infinitud. Con la clara de huevo, propensa a las cristalizaciones humillantes, embadurnará sus entrepiernas. Cuando despierte le dirá, tristonamente fingida en el impedimento de lo imposible, que cuando ella salió a omelettear unos camarones, el malvado seriete se atrevió a la compañía del diablo, con el mismo signo que lo descubrió, en el lecho abandonado por la sirena, que apareciendo de desguardo, está acordada con todas las burlas de los tres para embromar al seriete. Usted tronará, se irá al cuchillo, lanzará botellas de sidra con el tapón de bazoka. Cuando se vaya a la garganta del serio, que se muestra parnasiano en medio de una escenografía que desconoce de veras, apreciarán las tres sabandijas, como en un vodevil marsellés que suma la crápula bizantina, resbalando la misma loción por sus entrepiernas. Con eso, crearán desfacer el entuerto del *sababá*. De seguro usted se irá sobre los tres bajeadores, dándole cintarazos y trompicones. Se echarán a gemir, levantarán salmodias inaudibles y fingirán que están cosiendo, dando puntadas muy difíciles y rectificando, con golpes de mano, sus dobladillos sobre la tela.

Por Alberto Olalla pasaron las últimas sílabas muy debilitadas. De su sopor saltó, después de incorporarse de una gagnetada el último pago. Miró al grupo con las manos en jarra, escupió, sin que los cuatro cuchicheantes burlescos procuran aumentar la inaudible paletada del ventilador. Al empujar la puerta levantó con el rabillo: *tantum regis*. Parecía que un rey había descolgado la más borjoña de sus carcajadas.

Sin saber cómo empezar el cuadrante de la medianoche, regresó a los caballitos enfundados, con las manchas del rocío agrandadas en el paño. La estrella semiojadada, ahora monstruo de las profundidades de la noche, inmóvil, llenaba el coche que se recostaba en la tierra, con dos guardianes, enfundados también en paños rociados, que así parecían bajados de la luna, sin saberlo aún, guardado el secreto por el sueño. Divisó sentada en los bancos del parque, sorpresa mayor de la noche, a la defensora tenaz de la pitahaya. Para mitigar la sorpresa, se apoyó por detrás del banco. Estaba aún con el lapicero, viendo cómo los resortes no entreabrían las distintas pintas. Repasaba el lapicero con cariño, como con recuerdos. Cuando Olalla se le hizo visible, éste tomó la pequeña fuente de colores. Las puntas de los resortes terminaban ahora al instante sus distintas lenguas. Se sentó a su lado y le interpuso una hoja de papel para el aprendizaje del flautín de cuatro elementales notas de color. Viéndola aún voluptuosamente torpe, la tomó la mano y se la guiaba por laberintos de redondillas. Después, la fué enseñando, al principio con un poco de temblor, que le producía gozosos escalofríos; después, con armoniosa confianza, como quien toma el fragmento de las asignaciones. Ella comenzó a contar. Con la linda torpeza con que no le respondían en el lapicero las lenguas coloreadas, su lengua decía sin compuertas y sin inhibiciones. No se defendía, no sabía defenderse; podía atacar al viejo de la pitahaya, a lo que le fuera nieve indiferente y fea, pero no a lo que viniera sobre ella con gusto y claridad. Había venido de su pueblo con una prima casada, y estaba acogida al mismo cuarto, separado por una corrediza. Presto el galán de noche fué reemplazado por el de día, y el maquinista jefe de locomotora sustituido por el auxiliar cajista de una fábrica de velas trinitaria. Los primeros días vengaba su soledad acostándose en la cama camera y contemplándose anadiomena en el espejo. A medida que fué asegurando las proporciones y números claves de la cronología de regreso de la prima, fué extendiéndose por los corredores. Ahora se sentaba frente al caserón colonial hasta que empezaba la verdad de la noche, allá por las doce y media. El ceñimiento de Olalla había alcanzado la vía unitiva. Se veía que para los dos aquel sería un día mayor en las sucesiones lunares. La defensora de la pitahaya desmayaba sobre su hombro, comenzando a gemir. Pasó un coche, como con un auriga de retirada, que abrió los ojos y pegó un fustazo al ver que la noche se reconstruía, ganaba listones de platabanda. Sin convalidar con palabras, la apretó de la mano para transportarla a la beilina que traspasaría la raya de los faisanes. Recordaba las sílabas que el caritativo transcriptor latino le alicionaba, sílabas masticando caminos: ratones. Oída la dirección por el cochero, entremezcló carcajada y fustazo. Al llegar vio las pequeñas glorietas de yaguas y la diversidad de los caminos apisonados por el relente. La sirena del relator, que acudió sonando sus llaveros, era una muchacha coja, traqueteada en el esqueleto de madera en que se apoyaba. Cuando llegaron se recostaba en la puerta, y su sola pierna ceñida por una media color carne remedaba

la cola de una sirena de arenal fangoso. Y Olalla entró en la glorieta apretado con la mantenedora de la pitahaya, predominando el temblor visible del miedo sobre el escalofrío secreto del placer. El canto de la sirena fangosa se fué hundiendo junto con la argolla de las llaves. Al salir, el recuerdo de la sirena ingurgitó, pero ambos juraron que le pondrían un pie encima.

Volumen y cabezota de Jordi Cuevarolliot traquetaban en la mañana dentro de un coche de piqueta. Se aposentó frente a la casa de Andrés Olalla, que tenía ese desenchado de silencio irradiante, residuo de la madrugada, cuando Alberto regresó, apostado en el quicio, hasta que llegó el lechero con la llave mayor, llegando hasta su cama como un gato con botas de niño. Fingiendo puño fino, Cuevarolliot impulsó con la punta de su índice la aldaba de bronce brillantada una vez por semana.

Había mandado distintos recados, que la Señora Augusta interceptaba para que el sueño de su esposo Andrés no sufriera menoscabo. Desde algún tiempo había llegado a conclusiones, que le hacían muy doloroso llegar a ese punto final: que su hijo Alberto era muy difícil de ordenar y poner en cabestro, que daría mucha guerra en la familia, y que la diabetes de su esposo Andrés necesitaba sutileza y silencio, cada día más para poder regalarle unos cuantos años. Había intentado quitarle importancia a la ausencia de Alberto por medio de disculpas y fingimientos de visitas, para que su esposo, regido tal vez por un excesivo concepto de la dignidad familiar, no enfatizando el caso de la primera noche fuera de la casa, disculpándola con un baile de hermanas de compañeros del colegio, para que no lo pusiese fuera de la casa, mandándolo con alguna misión maderera boliviana o a algún colegio navarro de internos rebeldes. Como a Federico, el hermano de Doña Augusta, tipo el más tremendazo alcanzado por la familia, que de quince años su padre se lo dió en castigo a un capitán de fragata, que se paseaba por la cubierta sonando a prueba su látigo por las balastradas.

Con la puerta tan sólo entornada, la Señora Augusta le decía a Jordi Cuevarolliot, anclado en un peldaño crujiente: —Por Dios, no me diga nada, su padre Don Andrés, no se ha enterado de que Alberto ha pasado la noche fuera; está enfermo y eso lo irritaría hasta querer separarlo de la familia. Su primer hijo varón murió: el que le queda, Alberto, sólo hace mortificarlo, pedirle dinero y desobedecerlo. El es el que ha heredado el diablo de mi hermano Federico...

Cuevarolliot no quería reconocer que las cosas no se presentaban a su gusto y medida. Había soñado con una visita que tuviera al menos la pompa recipiendaria del médico de niños, mandado a buscar de urgencia para hacer brotar un sarampión. No se daba por vencido y no se quería acoger a una retirada fulmínea, donde su orgullo no pudiese mantenerse en pie frente al cochero de la piqueta, sonriente al ver que el señor de tan importante volumen diplomático no había sido recibido.

—Tenemos que hablar, tenemos que hablar tantas cosas, decía, de Alberto Olalla,

que ya yo no tengo castigos para él. El encierro lo volvió más rebelde para el colegio, y aún para su familia. Mi experiencia me dice, en ese momento el peldaño sollozaba levemente por el orgulloso peso que tenía que soportar—, que cuando a la edad de Alberto Olalla, se pasa una noche fuera de su casa, esa noche es como el tintero donde el diablo va mojando para escribir la historia de alguien que ya es de su milicia... Nunca podrá contar lo que hizo esa noche, que será siempre para él la noche de las noches.

—Váyase, váyase, Señor Jordi, que mi esposo se va a despertar. No deseo que él sepa nada de esa noche de su hijo, querría luchar contra ella, contra ese imposible que es la primera noche pasada fuera de su casa por un muchacho. Querría ir hasta la hoguera del diablo y allí sacrificar a su hijo. Pero qué cosas me hace usted decir, váyase, váyase, por Dios, Señor Jordi.

—Quizás todos nosotros reunidos, se empeñaba en aconsejar Jordi, pudiéramos tratar de encontrar alguna fórmula que lo haga entrar en su edad, en los límites de su edad, pues su rebeldía traspasa esos límites para...

La frase osciló cortada levemente por la puerta al cerrarse sin respuesta. Cuevarolliot bajó la escalera zumbando sus planetas contra las paredes. Ahora quería llamar la atención del cochero, para que creyese en una gran escena cólica, en los rugidos de Ayax ante el cadáver de Héctor, que disimulase que no había sido recibido. Su fácil apoplejía de provenzal cooperaba. Gesticuló tardamente para que el cochero creyese en la indignación que lo recorría. Dentro del coche, extrajo su lapicero de oro, espadín de Holbein retocado por Murillo, para decapitar entre sus educandos el nombre de Alberto Olalla. Un fustazo voltejó la risa en el malicioso auriga criollo.

José Eugenio después de una comida lánguida y no obstante prolongada por los relatos sin eco de la Abuela Munda, se sentó en el quicio de la puerta de entrada, donde un picaporte en forma de caballo, con las patas delanteras impulsaba una maciza bola de cobre, que venía a caer con alíveo en un troquel de aviso visitador. Sintió los últimos pasos como si repicasen en la escalera de la casa contigua. Era Alberto Olalla, que apenas en la puerta encendió su cigarrillo y lanzaba una presuntuosa primera bocanada.

—¿Quiéres ir a un baile? —le preguntó a José Eugenio. Le entraron deseos de ir a preguntarle a su Abuela, pero se decidió: —Vamos—, le respondió sin vacilar, pues Alberto Olalla era de esos que se habían ganado su confianza, sin saber por qué, sin que acaso tuviera justificación.

Los primeros pasos de Alberto apenas parecían preocuparse si José Eugenio lo seguía. Cuando lo tuvo a su lado le dijo: —No es al baile, sino a verlo por fuera, en casa de Paulita Nibú. A mí me invitaron, pero no tenía ganas de ir. Son unos tabaqueros enriquecidos y convidan a los de la emigración para adularlos. Mi hermana fué, todo el

día la estuvo arreglando Mamerta, que es la que le cose a Esperanza Iris. Quiero ver a mi hermana Rialta, para ver cómo luce y mañana bromear con ella.

Alberto empujó a los curiosos que se habían situado frente a las ventanas de la casa, y se apostó con José Eugenio a su lado, en una de las persianas, que comenzó a gobernar con lentitud y sabiduría. Dándole vuelta, plegándola, cuando se acercaban figuras conocidas, y sobre todo Rialta. José Eugenio observó dos detalles que le parecieron deliciosos en Rialta. Cuando se presentaba saludaba con una desenvoltura, que a José Eugenio criado en un ambiente provinciano y español, le parecía la quintesencia de lo criollo, graciosa, leve, muy gentil. En seguida fingía con suma destreza dos detalles de encantadora cortesía: un pequeño asombro, acompañando de un Oh! de ligero subrayado, como si despertase o le fuera conocido por alguna referencia familiar desde hacía tiempo, de tal manera que la presentación sólo había precisado un recuerdo. Luego, se sonreía. Esa sonrisa era la culminación de la ancestral plenitud de su cortesía. Aunque como demostración cortesana, esa sonrisa era evidentemente fingida, producía en él que la contemplaba, la misma alegría que si hubiese sido motivada por una descarga del más sutil de los hacecillos nerviosos. José Eugenio, un tanto desconcertado, seguía la curiosidad de Rialta, procurando precisar si se fijaba en su hermano Alberto. Era todavía demasiado ingenuo para pescar esos rápidos movimientos, hechos como un acto derivado, es decir, cuando parecía Rialta reabsorberse en un compás de la danza, estaba descubriendo el ámbito que rodeaba a su hermano. De tal manera, que mientras José Eugenio se confundía en su propio anhelo, Rialta por primera vez había fijado el rostro de aquel amigo de su hermano. Y cuando la persiana alcanzaba la plenitud de su mirilla, adivinaba, sin ninguna visible excitación, que era espiada, seguida, enlazada en su contorno.

Grave en sus opacos retumbos llegó una carroza a la casa del baile. Forrada en un betún azul de madera criolla burilaba su lisura impenetrable, donde los emblemas parecían borrados con la mano después de la lluvia. El chaquetón, seguido en sus bordes por el tafetán corrugado, desaparecía casi en las sombras de la concha de la carroza. Tardó tiempo en que la repantigada oscuridad liberase la figura: menuda, peinada al lado, patriarcal, creyéndose querido por todos. Los curiosos cuchicheaban: el Presidente, el Presidente. Unos percherones de bronce izaron unos gerdames pequeños como jockeys, como títes envueltos en banderas. Mustios, fingidos graves, ojerosos, parecían que se sentaban en mitad del cuello de los caballos. El baile se congeló, comenzó a sudar estealactias, y las parejas inmovilizaron de pronto el semicírculo de sus rigodones, quedándose, como muñecos de cera, inmovilizados en el gesto de la sorpresa. José Eugenio hundía más la frente en la persiana para fijar la perspectiva, que caracoleaba impulsada por el girar suave y como regalado del valse, que tendía al grotesco tierno por la hipersensible utilización de aquella pestaña acústica, con tendencia a refractar las figuras

de los más graves invitados cayendo al fondo del estanque. El Presidente atravesaba la sala de baile con la lentitud de una reverencia gentil en el ornamento de una caja de tabaco. Los gendarmes pegaban con sus porras a las arañas que descendían curiosas por la inadvertida torre de la lámpara. Saludaba a unos como si se hubieran reencontrado en una lejanía a donde iban llegando emigrados para sentarse a la sombra de una ceiba. Coincidían, muy cerca de la ventana que cruzaba los dos hilos de la mirilla, el Presidente y Rialta. El centro de los dos hilos fijó la mano derecha del Presidente patriarcalmente alzada y en ligero movimiento, encontrándose venturosamente la sonrisa reverencial de Rialta.

—¿No se acuerda de mí, Don Luis? —dijo Rialta, saliendo al encuentro de la presentación que hacía Paulita Nibó.

—Cómo no te voy a conocer, eres la hija de Don Andrés. No se pueden olvidar aquellas navidades de Jacksonville. Y la espantosa tómbola donde todavía me parece oír el grito aquel, cuando la muerte de tu hermano Andrésito. No se olviden de traer sus restos, pues hay que mezclarlos con la tierra nuestra.

El rostro de Rialta asumió toda su gravedad. Plegó su sonrisa. Y la lenta ternura criolla de sus ojos se empañó al quedar como en éxtasis ante el recuerdo.

El *Emperador* había reemplazado al *Murciélago*. Las cornetas se distendieron de nuevo en su agudeza, y los trombones de vara parecían levantar del suelo las cosas gentilmente arremolinadas.

Alberto entornó la ventana, decapitando bruscamente la visión. Un: —Vámonos, vámonos—, tironeó a José Eugenio, que pareció irse despertando con el recuerdo de todo el sueño.

No le dijo nada a la Abuela Munda de su salida con Alberto Olalla. Sabía que no le gustaba que abandonase el quicio de la puerta después de las comidas. Al poco rato se oía una voz seca que lo llamaba por cualquier causa banal. Por eso se extrañó cuando la oyó comenzar hablando de lo que él quería escamotear:

—¿Has visto lo bien llevados que son nuestros vecinos? Nunca los oigo discutir, dar órdenes, levantar la voz. Y son criollos, dicen que vienen de la emigración, que dieron mucho dinero por la causa.

—Cuando paso por el comedor, las persianas me enseñan pedazos de esa familia—. Además, añadió José Eugenio con orgullo, soy amigo de Alberto, está en la misma aula que yo y anoche dimos una vuelta juntos. Me parece como si me cogiese de la mano, yo cierro los ojos, y me deja frente a unas persianas, donde después en el sueño, las figuras reducidas de tamaño, comienzan a danzar en las persianas como si fueren corredores alumbrados por una lámpara del tamaño de un dedo.

—Veo su casa y su familia, continuó, desde la fugacidad de las persianas. Entonces, él me coge de la mano y me lleva frente a otras persianas, desde donde preciso la mis-

teriosa y venturosa organización del baile. Llega un desconocido, casi como un sonámbulo, pero nos sorprende conociendo a toda su familia.

—Tienen cocinero y coche, dijo la Abuela Munda, con los ojos agrandados por el fabuloso deleite que seguramente regularían esos dos usos. Una de las muchachas es como dos años más joven que tú, —volvió a decir, aglomerando los efectos de incitaciones descargadas por su malicioso buen sentido.

—Nosotros, nuestra familia, tiene la carcajada, sólo imagino sonreír a mi madre, a pesar de que apenas puedo ya recordarla, pues era demasiado niño, y a esa edad cuesta trabajo precisar una sonrisa, fijarse en el pliegue de los labios, en su pliegarse al oír un pájaro o un crepúsculo en su melancolía aforística, o distenderse al caer un arco propicio sobre la oscuridad de un poro. Giraba la luz por las persianas, poliedro que amasa la luz como la harina de los transparentes, como si hubiese caído su sonrisa en el agua de las persianas. Me parecía que nuestra antigua carcajada necesitaba de esa sonrisa, que nos daba la lección del espíritu actuando sobre la carne, perfeccionándola, como la jarra cuando el artesano aún en la duermevela del alba va diseñando la boca de la arcilla. José Eugenio dijo todo eso tan de prisa, que pareció surgido como del sueño, como si hubiese hablado sumergido.

—Yo también he podido ver algo por las persianas, dijo la Abuela Munda, no muy sorprendida, como si algo le revelase el extraño lenguaje empleado por su nieto. —El jefe de la familia, cuando se despide de la visita, va retrocediendo, caminando de espaldas, hasta llegar a la puerta. Eso no es sólo el colmo de la cortesanía, sino una manera muy clásica de cerrar, sin apelaciones, la conversación, por animado que haya sido el paisaje durante el curso de la visita. Al ver esas dificultades, vencidas con tan generosa elegancia, aunque mostrando con levedad su sofocación, cada instante que se prolongue, es una angustia que se disimula. Pero subrayaba mi atención porque me recordaba también el estilo de tu padre el Vasco. Su maciza corpulencia al retroceder guiado por la cortesanía, no tenía esa intuición de los espacios que muestran tan desenvuelto al criollo en sus giros y rúbricas. Retrocedía con timidez, llevando el sonroso a lo apoplético, sus disculpas sólo lograban hacer visible la pequeñez de sus brazos. Sin embargo, ambos ademanes, en el criollo y el Vasco, dejan en el cristal fijo de las despedidas, las más eficaces semillas para el recuerdo. Qué desenvoltura y qué timidez tan esenciales, tan imprescindibles, una vez que habían mostrado sus gracias iguales, ejercidas con diversas fascinaciones. Una misma nota en dos registros, —terminó la Abuela Munda, un poco avergonzada de su locuacidad.

El desvelo de Alberto Olalla, en sus sobresaltos y en las ascuas mostradas por la incasante serpiente de sus cigarrillos, tropezaban con las vacilaciones y cansadas sorpresas de Rialta, al regresar del baile. Se asomó al cuarto de Alberto, enredado en los listones azules de su pijama de dormir. Ojeroso por el desvelo, úsimulaba el pelliczo

de su irritabilidad. El disimulo candoroso de Rialta, la llevaba a mostrarse con una alegría que rehusaba cualquier motivación particular. Al ver que Alberto la miraba sin hablar, se sintió más inquieta que vacilante. Se dió cuenta que él no hablaría, por lo mismo que se esperaba que diese el tema. Un error de su naturaleza lo llevaba a mostrarse inexorable cuando se esperaba algo de él, tenía que aparecer en la sobreabundancia, en la sorpresa, su intervención tenía que sentirse a un sortilegio. Pero Rialta no se decidió a intervenir en ese laberinto, y soltó su pregunta, vibrándole el cuerpo por el temor de iniciar un tema sin desarrollo melódico: —¿Quién era el amigo que te acompañaba?

—¿A mí me acompañaba alguien?—. Intentaba ironizar con crueldad, sabiendo por anticipado el itinerario de una curiosidad que al obligarse a la insatisfacción, se iba volviendo angustiosa. —No recuerdo, ¿qué amigo?—. Y así dilataba el interrogatorio de su hermana, que saltaba como una perdiz.

—Las persianas, el baile, los gendarmes pequeños en sus perchones de bronce, el Presidente—, silabeaba Rialta, procurando tironear los recuerdos de Alberto, que fingía apoderarse de una sílaba y adornarse después.

—Ah, sí, le contestaba Alberto, como si fuera despertando con mucha lentitud, no hay mucho que contar, no tiene padre ni madre. Su padre era el dueño del central *Resolución*, y su madre, descendiente de ingleses, se dedicaban en Pinar del Río, a cuidar las hojas del tabaco y las flores azules. No le he preguntado más, no creo que me interese más nada de su vida ¿por qué me preguntas tantas cosas de él? Parece que su piel fresca de hijo de español te interesa. Por la noche no tiene nada que hacer y lo que más le gusta de los estudios son las matemáticas. Eso es, por ahora, lo que me une a su carácter, más indeciso que tímido, huye de pronto, y se fija en mí, eso hace también que para mí exista. Si lo que querías era su semblanza al minuto, creo que te he complacido.

Rialta se amoscó un tanto, vaciló ante aquel aluvión de preguntas, se rió al no saber zafarse las mallas de la indiscreción de su hermano, y cerró la puerta con una violencia dictada por la irresolución de sus nervios ante aquella situación no dominada. Se oyó el chasquido del conmutador del cuarto de Alberto; muy pronto por la ventana que cruzaba los brazos de las estrellas del otoño, comenzó la luciérnaga de su cigarrillo a trazar espirales, como señales de aviso sobre la marea del sueño, que lo cercaba y lo oscurecía, valva cerrada para las ofensas de la luz.

El denso crepúsculo habanero descendía a las azoteas, donde por los hierros colados y los piñones salvajes parecía herirse su fantasma hinchado de mazapanes toledanos. Los cuerpos evaporados por la siesta, comenzaban a densarse en torno al humillo de las soperas churriguerescas. ¡Si pudieran aligerarse en el rocío del primer cuadrante de la medianoche! La atmósfera aglutinada por colchas nubosas detenía las estrellas erran-

tes. Los demonios, nos aclara San Agustín, proliferan con más frecuencia en la extensión de vapores húmedos. Por unos momentos, los miasmas verdeoro del bosque en su bostezo, presionado por un dios de piernas pesadas, iba a trocarse en la selva de las Lécridas. De la casa de los Olalla comenzaron a salir grandes voces, regidas por las ordenanzas baritonales del padre de los Olalla, mientras los pies de cabra de Alberto trotaban sin ocultar los flatos lamentosos, los suspiros que el terror impulsaba con lentitud. Corrieron las hermanas de José Eugenio, concentradas por los gritos y la diversidad de las figuras arremolinadas en la inmutable criba de las persianas, hacia la sala, para tranquilizarse en torno del manso oleaje de los vuelos de la bata de la Abuela Munda, que sorprendida miraba estupefacta a su nieto, sin encontrar salida para aquel terrifico momento. Hasta que José Eugenio, con la voluntad adormecida por el miedo, pero guiada por el agudo de los gritos cercanos, tiró de la cuerda del pestillo de una de las tres grandes puertas de la sala y ganó el montículo del balcón para acrecer la perspectiva de aquel tenebroso acontecer.

Llegó un carro, donde era bien visible que la agitación de la finalidad que los acuciaba podía romper sus escuadras disciplinantes. Cuatro soldados sanitarios, con un sargento y un teniente. La serpiente engarbitada espiralando el caduceo, mostraba que era un médico del ejército, acompañado de enfermeros y ayudantes. Pinchada por los gritos la vecinería se había descolgado por las ventanas con sus caras descoloridas, desaharadas, de la hora de la comida. Un hombre grueso, a quien la prisa había impedido pasar la tira del pijama para ceñirse, se sostenía con ciega mano el pantalón con grandes listones anaranjados, y con la mano izquierda apuntando en variadísimas direcciones, entresacaba cabeza de los mirones para preguntarle por aquellos gritos. Nadie contestaba, se precisaba la casa de donde salía aquel endemoniado voceo, pero nadie podía regalar noticias, redondear comentarios. Subieron los soldados, delante el teniente, llevando una gruesa soga con tendencia a ocultarla en sus espaldas. Los gritos fueron en disminuyendo, hasta acallarse enronquecidos. Poco rato después, salieron de nuevo los soldados llevando amarrado a un hombre más bien bajo, a quien su pelirroja ascendencia irlandesa le daba un aspecto un tanto ridículo, apoplético, que parecía ser el más asombrado de aquella escena, sin aparente sentido para su cabeceo dubitativo. Hasta que comenzó a acariciar la soga.

—Vamos a acompañarlos, dijo Doña Munda, implacable por cumplir aquel requerimiento de la cortesania, de que los vecinos deben compartir todo mal momento. Y aquello parecía el colmo agudo del mal momento.

Bajó la escalera con la mayestática decisión de quien tiene que cumplir una fatal obligación, muy digna, con un nieto un poco delante, y las dos nietas a su lado. Pura composición velazqueña. —Somos sus vecinos y queríamos decirle que estamos a su disposición, le dijo la Abuela Munda, a la Señora Augusta, cruzándose reverencias.

—Pasen, pasen, siéntense, por favor, le contestó, disimulando en lo posible la violencia de la escena transcurrida. —Qué momento, mi buena señora, acabo de pasar, el susto me impide atenderlos como yo quisiera, por poco me matan a una de mis hijas...

—La otra noche yo le noté rarezas, decía la Abuela Padilla, la madre del Señor Olalla, dirigiéndose con sus habituales sílabas nerviosas a la Abuela Munda, como si hiciera tiempo que la conociera. Pero sabía que era cipaya, muy españolizante, y por eso inició la conversación sin saludarla; —quería que le hicieran el chocolate en reverbero y con agua sola. Decía que Satán atravesaba la cañada del río en una mula ciega. Yo lo miraba para ver si se reía, pero me daba cuenta que cada vez tenía los pómulos más trancados. Parecía que se endurecía como un saco de piedras. A mí nunca me gustó. Esos criollos que tienen pinta de extranjeros son muy complicados. Su propia sangre nos ofusca y los enreda.

Andrés Olalla entró en la conversación mirando con fijeza a la Abuela Padilla, pues no sabía cómo andaba la sangre extranjera en sus vecinos. Se dirigió a José Eugenio, le puso la mano en el hombro, lo palmeó y le dijo: —Siento por la mañana cuando tu abuela te hace el café con leche antes de irte para la escuela. Es la hora en que se respira mejor la mañana, como si nos dilatase los poros—. Sonrió mirando a la Abuela Padilla, para mitigar la tensión, y añadió: —A veces ella me quemaba el pan hasta ennegrecerlo, pero yo lo raspaba y no se lo decía. Al día siguiente, ya ella tenía cuidado de no quemar el pan, pero yo me sentía más triste.

Después de la muerte de su hijo Andrésito, su manera de estar todavía en la conversación, era la constante evocación. Se rodeaba de un turbión de recuerdos, el mismo presente fatigado se deslizaba de inmediato al pasado. Al ver a José Eugenio, lo deslizó a sus recuerdos, a esa decisión que rodea a la corriente mayor, que es la que asciende del pasado. Recordarlo todo en la forma de contrarrestar el único recuerdo total que lo penetraba, que lo acompañaba, fantasma amarrado a su caballo, llegando desde el despertar a su casa. Al llegar al sueño, según la sentencia de Heráclito, lo hacía de nuevo su compañero de trabajo.

—Nosotros estábamos en la sala, dijo Doña Augusta, cuando Carmen comenzó a llamar, a dar gritos después. Estaban ella y el doctor Zunhill, su novio, en la salita. Puestos ya de pie, vimos que el doctor con el revólver en la mano, apuntaba para mi hija. Se oía el ruidito del gatillo, como los conejos cuando mascan las mazorcas de maíz, pero las balas, felizmente no salían. Estaba descargado, pero el doctor sin preocuparse de que ninguna detonación siguiese al golpe del gatillo, se gestionaba como el rostro de alguien que tenía que matar. Entonces, sacó la bayoneta, primera vez que la portaba, y fué cuando nuestros gritos deben de haber alarmado a la vecinería. Andrés iba ya a adelantarse sobre él, y Alberto corría desde el corredor donde estudiaba; a mí y a mis hijas el terror no nos dejaba mover. Entonces llegaron los soldados,

se fueron derechos a él y lo amarraron. El teniente, con una cortesía que no deseaba en generalizaciones, me dijo: —Sin motivo alguno acaba de matar a su ordenanza. Se escapó después de la casa y hemos venido a buscarlo aquí. Dispensen el mal rato, veo que no ha pasado nada. La razón ha dejado de acompañarlo—, terminó en una forma rotunda, cara al diagnóstico de un médico militar.

Después de alusiones rápidas a las preocupaciones de ambas familias, Don Andrés, centró de nuevo la conversación. Añadió que era un encantamiento que una familia se dedicase al cultivo de las hojas. Que las hojas, entre nosotros, donde había pocas raíces, las reemplazaban. Que las raíces al aire, le parecían que echaban tierra en las nubes. Que él prefería la ganadería y el periodismo al negocio de azúcar. Su tutor comercial, Michelena, decía que la azúcar era como la arena y que su suerte dependía del frío que sintiesen las cordilleras de la luna. Que el colibrí, señor del terrón, pasa del éxtasis a la muerte. Y que el cubano, en su sarcófago de cristal, rodeado de bolsitas con arena en dulce, está como extasiado, tirado por cuatro imanes. Hasta que un día un príncipe ¿no es verdad José Eugenio? —lo dijo suponiendo que tuviese muy adentro las fábulas que su edad acababa de vencer—, separado de la monotonía, decapite con su espada los cuatro surtidores y rompa el sueño del hechizado. En realidad, pensaba en su hijo durmiendo en Jacksonville, en una palabra que recorriese de nuevo su cuerpo congelado.

José Eugenio, absorto, comprendió que por primera vez se había trazado un puente que lo unía con algo, con las ciudades que une a dos familias en un puente. Miró a Rialta, que, muy aturdida extendía el tapete que cubría el piano.

Doña Munda, dándose cuenta de la brevedad exigida por ese tipo de visita, se levantó para despedirse. Se fueron dando las manos, rubricando con una sonrisa, donde el ceremonial no acababa de imponerse a la ternura cariñosa.

—Muy pronto las iré a ver, decía Doña Augusta, muchas gracias por la molestia y por el susto que todos hemos pasado.—José Eugenio sintió ese *todos* bailando en el puente.

—Venga a estudiar con Alberticó por la noche, le dijo Andrés Olalla a José Eugenio. Después Rialta toca el piano y nos traen chocolate. Matemática, música y chocolate, excelentes divinidades para su edad.

—Dice la Señora Munda, que ella tiene una sobrina que se curó del asma con un caballito de mar, dijo la vieja Padilla, dirigiéndose a su hijo. —Me va a regalar uno de esos caballitos. Lo pondré junto a la Virgen de la Caridad, que llevo en la cadena que tú me regalaste. Creo que me curaré con la Virgen de la Caridad en un caballito de mar.

Al regresar a su casa la Abuela Munda, se encontró con que toda la sala aún se encontraba encendida. Recostada en los bordes de la bandeja, en la mesa de centro, una carta de Luis Rudda, llegada de Veracruz. La acercó a la lámpara mayor y comenzó

a leerla. Aludía a las deficiencias del correo veracruzano. En la misma etapa, decía, que cuando los corredores totonecas llevaban bolsas con agua salitrera y refrigerio natural de la Maltrata, donde se adormecían los peces para Moctezuma. El sobre tuvo que pegarlo, añadía, para burlar los funcionarios indiscretos, con punta de cera negra mezclada con resina licuada, como le habían enseñado los renacentistas maestros de la filigrana. La Abuela se sonrió. José Eugenio adivinó que el criollo, desde su lejanía, nervioso como un pájaro, había deslizado una graciosa franja amarilla.

José LEZAMA LIMA

Lapsus

La mujer se ha sentado en una mecedora. Delante de ella, en otro mueble semejante, está arrellanado el conflicto. Quiere escrutarse al personaje, pero es inexplicito como una silla. Ni sus ojos ni la boca manifiestan nada. Cara hermética como caja de caudales. Y las manos, tan elocuentes, están calladas sin embargo. Le formula preguntas, mas se comporta como un reloj roto. Interrogaciones de las que duda se le otorguen respuestas. Por eso mira alternativamente una y otra vez al Conflicto, Júpiter caprichoso que se ha convertido en hojas del calendario que cuelga pasiva y silenciosamente de un clavo de la pared. Se levanta del sillón y bosteza el bostezo que acompaña a estados de intensas preocupaciones. Se para delante de los días que son las hojas del calendario. Con el índice y el pulgar hace un haz de días, como una Delmira Agostini que desea tener entre sus manos la cabeza de Dios. Afloja la presión de los dedos y las hojitas regresan elásticamente con un ruidillo, a integrar el poliedro de su cuerpo que no ha de ser violado como una carta o Tesoro Público, pues están los días escritos en un idioma que no le es dable descifrar. Lanza suspirante ay. Abre la ventana y se acoda hacia la calle y el agua del viento le baña la faz. Esa gente allá abajo tampoco saben acerca del calendario. Sólo los observatorios despejan incógnitas que no sirven para la solución de ecuaciones espirituales. No puede preguntar a nadie, porque tales cosas se conocen luego que acontecen. Cierra la ventana. Se deja descansar en el respaldo. Reflexiona tanto que toca el vértice de la tensión en que todo, hasta el teatro de la imaginación, queda vacío. Todo acaece raudamente y ella regresa como de nefasto sueño. Ha de ponerse tensa y lúcida, pensar. No acostarse en un lecho y aguardar porque su conflicto la tomará por ambas manos y la forzará a abandonar esa postura que no proporciona reposo ni soluciones. Antes el tapete verde del azar y la carta es el corazón y sin éste, no anhela vivir. A causa del conflicto se puso tan nula una vez que nada recuerda, cual si hubiesen arrancado a su haz de calendario un puñado grande de hojas. Como andar sobre muchos metros de camino que súbitamente desaparece y luego, sin entreverse cuando reaparece y se recomienza a discurrir por él. Y a vocar nombres, personas, cosas etc... Del mismo modo que si volviese a ver una proyección de las que han desaparecido escenas; o recitaciones memorizadas que se están repitiendo y falta de improvisó un párrafo que se pierde en un anaquel de la conciencia y únicamente se dice lo que se recuerda. "Eso es", pensó la mujer. "Ya me extravié una vez, ¡por esto! porque no puedo pasarme sin ello. El es un barco que anhela llevar anclas. No es el moor, esa palabra de la lección cional. A él le gusta irse en pos de otras"... Estaba desolada; más sin expresar nada. Detrás del maquillaje, las vigiliás, los terrores; y la

ansiedad temblando en los labios. (Le importaba parecer bella y segura). Él, como un navío, debía permanecer anclado aunque el mar cerrase sus brazos sobre él, que era la salud, (la de ella), y la alegría, el sosiego, en suave arroyo de los días bañándole los pies, deslizándose tan muellemente que era como despedirse pero quedándose. "Todo lo borra, todo lo borra, todo lo borra. Le martillaban aquella vez. "Todo lo borra"... Mas el tiempo nada le "borraba". El tiempo se lo construía todo los días, todo los días, todo los días, como Dios, a Adán; Adán de invisible arcilla, pues era escultor implacable. Tomó un periódico y empezó a hojearlo como quien mienta tamborilea sobre un mostrador sin tener que comprar. Miraba los titulares, del mismo modo que si oyese palabras de desconocida significación; sin recepción, como un job que no llega al objetivo; hasta recibir el impacto: "¡Llegó la Diosa de Torineta! ¿Quiere saber su presente, y su futuro? Véala en Trespés No. 21"... Sucediene los reclamos: "SEÑORA CONSULTA ESPIRITUAL, Cartomántica, sabrá su presente y porvenir, de 9 a 11, y de 2 a 6. Rayano Nro. 28. Tlfeno. C.0001. A LAS ALMAS QUE SUFREN. Proteja su persona. No importa con quien se haya consultado sin resultados satisfactorios. Consulté y se convencerá que todo lo que ofrezco es positivo. Le diré pasado, presente y FUTURO. Le curaré las enfermedades del alma y del espíritu, dirijase a Madame Rendou"... Siguió leyendo; más como sonámbulo que se despierta, interpretó: "Madame Rendou: Le diré su pasado"... "Su pasado, ¡pasado!" pensó y se detuvo un instante a coordinar caóticas ideas. (Como un solo hachazo pero que no derriba el árbol). Continuó leyendo el anuncio: "el presente, Madame Rendou le dirá el futuro"... A ella nadie le había satisfecho sus preguntas. Sintió en las manos el tacto del escepticismo. Dobló el periódico y con los ojos cerrados, se puso a meditar en Madame Rendou, en su rostro velado como mujer del Oriente. Sin duda, un rostro estotérico. "No, no puede ser. No, no, pero; tal vez"... Se dió cuenta que ha tiempo aparecía el anuncio y el retrato en el periódico. "Será por que tiene éxito o no subsistiría... Tornó al anuncio y lo relevo. Empezó a cobrar optimismo. En la primera lectura no había reparado que el reclamo aseveraba... Doblándolo y repasando la úña para que quedara con bordes regulares, separó nerviosamente el escrito. Se alistó para visitar a Madame Rendou; pero aplazó la visita. "Hoy, no", murmuró. Reconcomenzó a meditar. Descolgó el calendario y principió a levantar las hojitas, a jugar con ellas. "Madame Rendou sabe lo que va a pasar aquí"... Y posaba el índice en el papel. El Tiempo estaba sin misterio. Madame podía abrir su arca hermética y ver con sus ojos único lo que había ahí dentro. Tenía esa ganzá. El anuncio lo afirmaba: "... Le diré su futuro..." El de ella, que era el que le importaba.

Quando, luego de la espera, fué llamada a la consulta, constató que nada allí era cual lo había imaginado. La clarividente no usaba el velo de la fotografía, ni mostraba los grandes ojos orientales. Era su rostro típico campo de batalla entre los cósméticos y la vejez, en el que asomaban ruinas del botín ganado y el prólogo del desenlace. El cabello,

de vivo ébano fermentido y pie cano, escandalizaba el blanco excesivo de la frente con rayas numerosas de libreta caligráfica. Delgada, con los pómulos vestidos de carmín. Perfumada ruidosamente. En cada dedo, una sortija, apócrifa también. Porque Madame y lo que la rodeaba exalaban mixtificación. No había en la estancia globos de cristal ni obscuridad, ni penumbra, sino limpia luz fluorescente. Pues de la luz necesitaba más que del vaso de agua, de la esencia de mil flores, de la claridad. Y los sentidos. Nada de "extasiamientos", ni "trances". No eran su técnica. Un fino oído, porque el tono de una voz, para quien sabe escucharlo, es tan comunicativo como un discurso: angustias, duda, sorpresa, indecisión, desesperación, temor, alegría etc. se denuncian inequívocamente a través de una palabra, de una interjección. Luego las manos, que la adivina rogaba amablemente a sus clientes las pusiesen sobre la mesita, que la situaba frente a éstos. Informaban si el consultante se hallaba nervioso, ansioso, desesperanzado... Leía lo que escribían en ellas instantánea y diáfana. La otra página que interpretaba con facilidad era la que en el semblante le ofrecían, corroborando o negando con indudables expresiones, lo que buscaba saber para manifestarlo. Sin embargo de lo que más se ayudaba era de su infalible haz de preguntas (no hubiera aceptado tratar sordo mudos). De las contestaciones deducía lo que deseaba que le dijese. Cual preguntas de profesores mecánicos en trance de examen. Asumiendo la primacía, interrogaba. Las pistas se dejaban y penetraba en el elemental corazón del consultante, cuyos momentos conflictivos ofrecía su sonrisa, su deliciosa voz, su comprensión y simpatía. Hacia la amiga e inspiraba a las exteriorizaciones de intimidades. Tenía la secreta pasarela para ponerse al lado del afligido como hermana mayor generosa. De modo que se sintió cautivada por la Rendou que, auscultándola con sus interrogatorios, sin que se percatase, la puso a oír, asombrada, los latidos recónditos de su conflicto. Al cabo, cuando se marchó, era una persona ingrátida porque la alegría es una fuerza ascensiva. Madame, lo mismo que los gobernantes, todo lo prometía. Cuestión de otras visitas.

Hoy Madame se denuncia abstraída, empero la mujer interpretó que se hallaba al otro lado del linde del misterio, y que ella, con sus indagaciones, la haría escudriñar, para asomarse allí desde su nada. Parecía estar en éxtasis, aunque en realidad se encontraba "ausente" y respondía vagamente como pitonisa. Pero deseando saber si los "hechos" cristalizarían en la forma que le convenía, insistió, y Madame, fatigada o anhelando encontrarse sola, le aseveró ¡que no!... La decepcionada, con un movimiento reflejo, abrió la cartera y abandonó unos billetes en la mesa. Se sintió en aguas de sombras, extrañándose de que respirase. Sufrió leves vértigos. En el trayecto del consultorio al hogar, anduvo fuera de la atención. Pensó que no había topado con amigos. No recordaba haber respondido saludos. Como si hubiese sido "ubicada" en sitios nunca antes vistos. Con esfuerzo coordinaba, desplazaba en un ámbito denso. Abrió la ventana y las gentes abajo eran pequeñas. Se movían con prisa. Ella, arriba, inerte. Lentamente

subió el vano de la ventana. El viento pegaba sus faldas a las piernas y batía sus cabellos en las sienes. Observó que se aglutinaban y agitando los brazos y cabezas la señalaban. Después, un instante, largo y desconcertador en el aire dejándose penetrar.

Las Detiniciones

La gravedad del mar
puede ascender temblorosa
por la mirada de los ángeles.

Su inocencia no es ya para nombrar la noche
sino el pétalo frío del viento.

¿Qué hora de fruta tibia
amanece en el oro en que deslío mi andar,
mis lentos pasos, la agonía en que crezco?

Puedo tocar los años donde flota esta miseria,
donde viajo, mensajero de un cálido destierro:
los años donde la nieve me sustenta y me nutre.

Puedo huir hacia esas miradas,
puedo tocar el claro murciélago del agua.

Puedo sentirte, oh rosa. en la callada fuerza
de esas lejanísimas aves.

Pero tú, fija llama
que asciendes,
tú recibes sólo el gris marchito de mi ceniza,
la torrencial firmeza de mis miembros
para lo incalculable.

De mi piel puede nacer esta rosa de mármol
o la encina que el fuego no consume.

Tomaría mi propio corazón
como un extraño objeto donde moran
lentas emanaciones, éter
callado y tembloroso.

Pero en el oro del resbalar nocturno
¿qué pregunta me alza en una cadencia inconcebible?
¿qué inercia toma este camino del rumor de la hoja,
el fino ardimiento de los grises crepúsculos,
allí donde construyo este albergue de tiempo,
esta morosa flor de ruidos invisibles?

Si a cada paso encuentro cómo los hundimientos
me instauran lentamente
en rosas delicadas, en corceles de puro aire ingrátido,
en llovizna de sólo pensamiento.

Estoy detenido en tu polvo, oh puro instante, oh mar
(que apenas toco con mi frente.

Hablo sólo para que escuches
caer la niebla del alma.

LA TORRE DESTRENZADA

La voz que en otro tiempo nutrió mi pequeñez.
La voz que cae desde sí misma
hacia amapolas inertes o extrañas inocencias.
La voz donde me esfuerzo para el tránsito rápido
del sueño, no es parte de mí, ni de la encina,
que, detenida,
resiste mi mirada.

Otras puras presencias
sustituyen su forma, sus peces más recónditos.

Si la mano del mar se acerca para herirme
la escucho lentamente alzarse como un ángel
o como rosa hundida que altiva me mantiene
lejos del fuego claro donde hundido me extingo.

Allí no más lo oscuro del instante,
ni el alce de los oros nocturnos,
ni el volar incesante de las aves.

Bajo mi sangre duerme
aquesta rapidez de incienso demorado,
su afilado rugir, su pez
pequeño y último, como una dulzura que no cesa.
Pudiera estar lejos de esos mares,
penetrando las algas infinitas.

 Pero del fondo de
mi nacería el rumor de una marea
rociada como un fijo ademán ,
como una sierpe de luz cayendo de lo alto,
de ese viento, cuya naciencia es sueño corrosivo:

Algo que es más que yo.

 Penetro
mi soledad. En la sala vacía
palpo el perfume tibio de lo que ya no alcanzo.
De es lejano viento sideral, de su ruido
llenando el duro espacio de mi cuerpo.

PRELUDIO MARINO

El mar .
Las más solemnes voces retumban para este
silencio nocturno.

 Lento ruido del mar, bestia
amarilla en la tarde,
como un dolor que apenas se escuchara silencioso,
pero vivo y dorado como un árbol.

Tu entraña es esta rosa que se abre a los abismos,
esta solemne rosa
curvada sobre un seno que duerme.
Tu oscuro vientre es la espalda del viento,
y a veces esta palpitación del aire
atraviesa otra mirada oscura en que navegas,
playa infinita que se mueve en la noche,
en la delgada noche
rociada de lentos ojos luminosos.

Tu mirada qué firme
para esa plata en que reflejas
la ingravidez de los lejanos mundos.
 Y este horror
que te recorre, ¿será un fino pájaro
sólo sombra volando por la secreta inocencia,
por su mirada
desvanecida entre los vientos?
¡Qué lluvia naciendo en un tiempo
que no es sino la sombra de la muerte!

Málaga, abril, 1955.

DONCELLA FRENTE AL ESPEJO

La doncella se mira insistentemente:
surca yerbas de posesiones, fríos puros.
En su costado, el mar, los flancos verdes,
sus heridas delicadas,
los surcos de sal de esas agrestes muñidoras delicias.

Allí donde memorizan los hondos sacerdotes de agua,
allí sus querellas de globos minerales.

Porque el cálido hundimiento, aquel fugaz intento
redimido en la noche,
curva sus imposibles, sus mudados ojos,
su perfección que huye en el espejo.
Y alza del cuerpo lo que queda ahora
destrozado en su leche milagrosa.

Ambar, punta
de esos gélidos cuerpos del embestir del ser,
curioso en sí, nocturno.

¿Quién lo entorna
para la inaprehensión, para los oros de otros fuegos
silentes? ¿Qué estelas más que sordas, instruidas
de sutil vocación, de apetito invisible?
¿Qué clandestino torno abierto al humo
de esta respiración, ahuecando un sonar tornadizo,
sus pardos ladronzuelos,
sus hondos ruidos que ya surcan la intocada memoria?

Doncella que asiste a esta derrota
en los muros del éter,
en la ventana de la tierra
por una herida intensa vaciada de sus ojos
desoída ya como un oscuro pan
en la respiración de otras inocencias que emigran.

UNA MANO, UNA FLOR

Una mano, una flor, esta secreta nieve
tan poderosa y tibia que mantiene
presa en su lámpara el celeste humo.

Su perfecta memoria es la que asciende
suspendida en el ojo de la noche.

Y su descenso es este puro rito
comenzado en los cuerpos, evadiendo
su rota mansedumbre, esa viva
derrota, esa fuerza migratoria
marchita en los colores, en sus híbridos
animales de sueño.

Así en el centro,
evadiendo una agreste inocencia,
su delicadeza va en el eterno reposo de los cuerpos.

Está dorando espejos que resisten
otros hijos marchitos, sus fijas vestiduras
de gestos que no cesan, siderales.

Otros mantos sucesivamente nos recuestan sus ojos,
sus oscuros ojos de sal perdida y lúgubre.
Vuelven, al mar, al cuerpo grave
donde se reconstruye su fruta misteriosa.

Allí está la que levemente sonando su cuerpo
es la oscura ciudad de otro lento fluir
como un ave profunda.

ANGEL HUETE

La Sima

Tanto he gritado, que mi garganta se niega a articular más palabras. Presiento que no hay esperanzas de salvación para mí. Estoy perdido y tengo que hacerle frente a esa dolorosa realidad.

No sé cuantas horas llevo en una inmovilidad casi absoluta, en este saliente de roca en forma de pequeña meseta, de apenas tres metros de circunferencia.

Abajo, a noventa metros, los rocosos acantilados de la costa, erizados como puntas de cuchillo. Allá arriba, imposible de alcanzar, el agudo trozo de tierra por el que resbalé al pisar en falso.

El golpe en la cabeza me hizo perder la noción del tiempo. Mi magullado cuerpo apenas puede moverse en tan reducido espacio... Mis manos están ensangrentadas debido a mis estériles esfuerzos por preparar... He gritado mucho, tanto como mis fuerzas lo han permitido, pero nadie me escucha. Estoy en uno de los más apartados rincones del pueblo. Es un paraje desolado, muy poco frecuentado; por ese motivo no debo esperar ayuda de nadie, porque nadie ha de venir a este paraje. He sido el único visitante en largo tiempo, según he podido comprobarlo.

La única esperanza de una posible salvación consiste en que al notar las gentes del pueblo mi prolongada ausencia, vengán a buscarme... Pero, ¿vendrán, realmente...? Es probable que no. Llegué inadvertidamente y muy pocos se han percatado de mi presencia aquí. He querido aislarme tanto, que subí a este lugar, pero con tan mala suerte, que al inclinarme hacia delante en esta punta de tierra para mirar hacia abajo, resbalé.

Me aterroriza el desmedido silencio que me circunda, interrumpido, a veces, por el graznar de algunas aves marinas, mis únicas compañeras.

La primera vez que miré al abismo, experimenté un gran vértigo y tuve que echarme hacia atrás rápidamente, so pena de caer en él por la irresistible atracción que ejerce sobre mí. Es algo que me eriza el cabello. No he vuelto a mirarlo y trataré de no hacerlo. Sé cuán peligroso es. Sería una muerte horrible.

Observo los límites del horizonte. Está muy tranquilo el mar. No veo en él ni siquiera una mísera barquichuela de pescadores. Sí, es un lugar desolado, como los neblinosos páramos que he atravesado huyendo. El mismo silencio, en tierra y en mar.

¿Será posible que no pueda salvarme...? ¿Por qué no presté atención a las informaciones obtenidas al acaso por los habitantes de la aldea? Ellos lo dijeron claramente, al amor de la hoguera, frente a la posada del poblado: "ese lugar a donde piensa ir

el extranjero es peligroso..." Otro agregó: "nadie se ha atrevido a visitar la meseta desde que Mateo se mató..."

Luego supe por el muchachito que me sirvió de guía, que Mateo era un habitante de la aldea, cuyo cuerpo recogieron destrozado en los acantilados...

Pero era necesario huir; huir, simplemente y ocultarme de aquellos hombres que me persiguen incansablemente. En mi desesperado afán de poner la mayor distancia posible entre ellos y yo, he buscado este refugio—lejano y solitario—pero jamás vislumbré la posibilidad de una caída. Sí, estoy perdido. Y ahora, en mi espantosa soledad, pienso en lo que he hecho. A solas con mi conciencia, luché por alejar de mi mente tan horrible recuerdo. Debí haber pensado unos minutos antes de obedecer a aquel impulso ciego que me convirtió en ejecutor... Pero considero que ya es demasiado tarde para lamentarme. Fué un acto irreflexivo. Lo sé y lo admito. Pero ¿por qué lo hice? ¿Por qué...? Esta pregunta me la he formulado muchas veces y no puedo contestarla satisfactoriamente.

He eludido la acción de la justicia, mas no puedo escapar de mí mismo.

Vine a esta aldea, confiado, con el pretexto de realizar una excursión de curioso turismo. No he despertado sospechas entre estas sencillas gentes. Nadie vendrá a buscarme aquí. (Mentí con habilidad, para que los aldeanos no recelaran.)

Pero ahora me encuentro sin esperanza de salvación. Empiezo a comprender que la Providencia me envía su castigo, porque pereceré en la más cruenta agonía. Casi era mejor haber entregado mi cuello al lazo del verdugo; así me hubiese ahorrado horas interminables de tortura. Pero el instinto de conservación ha podido más; por eso huí tan pronto cometí mi delito. Cierto que para aquel vil hombre había llegado la hora justiciera y debía morir, pero no era yo el encargado de ejecutarlo. Era cuestión de horas... de horas nada más, y hubiese expiado su crimen... ¿Por qué me adelanté...? ¿Por qué...?

Sé que me persiguen sin tregua, y que no cejarán en su empeño hasta atraparme. Después... la hora.

Vivo momentos difíciles. No quiero morir; no en esta forma tan terrible...

A veces detengo la respiración, creyendo percibir algún rumor que me señale presencia humana, pero el silencio que me circunda es verdaderamente espantoso. No he comido ni dormido durante muchas horas. No traje reserva de comida, porque pensaba regresar pronto a la aldea. Me siento débil y muy triste. No sé qué tiempo más pueda resistir en esta inmovilidad torturante.

Trato de nuevo de preparar por las paredes de las rocas, pero están tan resbaladizas por el limo, que no puedo ascender ni una pulgada. Imposible llegar a lo alto. Muchos metros me separan de la meseta por donde caí. No hay salientes donde pueda asirme.

Si al menos el chico de la aldea que me acompañó hasta cerca de este lugar se per-

catara de mi prolongada ausencia y viniera en mi socorro, acaso pudiera alentar esperanzas, pero no creo que venga. Es casi seguro que ni me recuerda, aunque tiene derecho a no olvidarme, puesto que le narré, durante el corto trayecto, historietas interesantes que le deleitaron. Prometí contarle más cuando volviere a su casa...

Debo resignarme a mi suerte. Las horas lentas, tediosas, transcurren. Se aproxima otra noche que pasaré en vela, como la anterior.

Vuelvo a gritar, pero son inútiles mis esfuerzos por demandar una ayuda que no llegaré jamás.

La Luna brilla, iluminando un paisaje maravilloso, pero no tengo ánimo para contemplarlo. Trato de dormir en mi duro lecho de roca y humedad, mas la obsesión del recuerdo me mantiene estúpidamente despierto. Miro el cielo. Algunas estrellas aparecen. Oteo el mar. La misma desolación.

Hasta mi llega, con desesperante ritmo, el rumor de las olas rompiendo bravías en los acantilados.

Siento que mis nervios van a estallar. Un síntoma extraño comienza a experimentar. No sé lo que es.

Lanzo una carcajada que el eco repite, y me asombro. Es el único sonido humano que he oído en muchas horas...

Estoy boca arriba. Miro el cielo de nuevo. Está lleno de serenidad, en contraste con la inquietud de mi atormentado espíritu... Una especie de sopor me envuelve de repente, como si hubiera fumado opio. Ensueño embriagado...

De pronto, mis ojos... pero, no; debe ser producto de mi fatigada mente.

Es imposible y sin embargo, con los ojos bien abiertos, miro, fijo, hacia "aquello" que viene descendiendo lentamente hacia mí... Está sobre mi cabeza. ¿Qué es...? ¡He estado soñando, Santo Dios! ¡Sí, y despierto, ahora, se lo que es! ¡No he escapado, puesto que lo que descende sobre mi cabeza es un lazo; un lazo con nudo corredizo! ¡Es el lazo del verdugo...! ¡Ya me oprime el cuello! Lanzo un grito ahogado... Y no sé nada más de mí...

¿Qué ha ocurrido...? No sé. Me siento tan débil que no tengo noción del pasado.

Algunos hombres me rodean, pero no sé quiénes son. Sólo observo que me miran con estúpido asombro.

Me recobro poco a poco. Siento fuertes dolores en mi cuerpo. Hablo en voz muy baja—como en un suspiro—pero los hombres que me miran fijos, con el índice en los labios me imponen silencio.

Muy cerca de mí está un chico—mi guía—. También él me mira con asombrados ojos. En su rostro infantil y dulce, está impresa la misma interrogación que en la de aquellos hombres, graves y sencillos. El chico está atento a mis movimientos.

Una anciana de arrugadísimo rostro, con un pañuelo atado en la cabeza, se acerca a mi lecho. (Ahora me doy cuenta, por la posición de mi adolorido cuerpo, que estoy acostado en una cama). Trae en sus manos un tazón de algo humeante y oloroso dentro.

Uno de los hombres lo toma y me lo ofrece solícito. Otro sostiene mi cabeza en posición adecuada para que pueda ingerir más cómodamente el contenido de la gran taza.

Todos, incluso el chico, permanecen en absoluto silencio.

—¿Qué ha ocurrido...? Es la primera pregunta que acude a mis labios tan pronto me recobro.

—Habló mucho, señor... —me dice uno de los aldeanos. Dijo cosas que no entendimos. Pero lo importante es que ya está restablecido...

—¿Estoy en vuestra casa, verdad?

Sí, señor. Y nada tema. Lo salvamos cuando usted estaba casi muerto en aquella roca.

—¿Quién... —indago con débil voz, pero la fatiga me obliga a truncar la ansiosa pregunta.

—Fué David, el niño... El nos avisó. El se atrevió a bajar por la soga hasta la mitad del precipicio... Le amarró el lazo por debajo de los brazos. Nosotros lo subimos halando con cuidado...

Mi mano se extiende lentamente y busca la cabeza de mi pequeño salvador. Le acaricio los cabellos...

—Gracias, David, gracias. Eres todo un hombre—atino a decir en un susurro. Luego mis ojos buscan sus ojos. Lo miro con gratitud y simpatía.

El me mira también y en sus labios aparece la tímida sonrisa de un héroe humilde.

—Me alegro que se haya salvado, señor. —me dice después. Ahora puede seguir con sus amigos excursionistas...

—¿Amigos... excursionistas...? —interrogo. Y una sospecha me hierde como un latigazo.

—Sí. Lo han estado buscando durante muchas horas... Cuando me vieron se acercaron a mí, haciéndome preguntas. Me dijeron que eran sus amigos, y que usted se había extraviado. Por eso lo buscaban tanto. Me dieron las gracias cuando les dije que usted estaba vivo, aquí. Se ve que lo quieren mucho, pues se alegraron con la noticia... Me regalaron dinero... Los vi en la posada que está al final de la calle. Prometieron venir a reunirse con usted para seguir viaje... Mire, ahí están ellos...

MANUEL RODRÍGUEZ MANCEBO

Alegoría

A ENRIQUE AZCOAGA

Toro de tierra, tú, mineral, te levantas
al firmamento mágico de la noche redonda,
altamente volando sobre celeste música,
para verte—ya solo—tu muda geografía.

Como el mar cada vez hacia ti, ciega, amarga,
cada vez como el mar hacia ti, ancha, oscura,
una bestia de noche y de horror se aproxima,
una bestia de sombra sobre ti, turbia, avanza

enlutando la honda claridad subterránea
de tus huesos de lumbre geológica, ardiente,
—cuando lívida vuelve de la báquica orgía—
y te enyuga y aguija, y te hiere y quebranta.

Te embriagarás con vino de braveza en los campos
levantando tu frente fieramente alumbrada,
cuando un alba se enciende en volcán de tu sangre,
cuando un día maduren las uvas de tu cólera.

Luego, en paz, serás toro de agua, toro verde
de yerba con cansancio amarillo de espigas,
toro ya solamente corneando los céfiros
en la fresca y alegre primavera aromada.

ARMANDO ROJO LEÓN

Casablanca, Marruecos, 1955.

El Buey

"Cualquier mal es sufridero, aunque pasemos el día llorando y con el corazón muy triste, si por la noche viene el sueño, que nos trae el olvido de todas las cosas, buenas y malas, al cerrarnos los ojos".—HOMERO. RAPSODIA XX, ODISEA.

Don Jaime abre la boca para bostezar y contrae las arrugas en la frente. Como consecuencia del bostezo sus dos ojos se aguan, el izquierdo suelta una lágrima que corre sobre la casa y se prende a los pelos blancos del bigote. Queda un rastro húmedo en la mejilla que le da brillo a la piel sonrosada. Don Jaime ladea la cabeza encima de la almohada y distrae el hombro izquierdo contra el bigote para enjugarse la lágrima con la manga de la camiseta. Después, endereza la cabeza en la almohada. Trae puesta la camiseta por arriba del calzoncillo, arremangada en derredor de la cintura. Sus piernas están estiradas en la cama; son piernas largas y flacas que salen de un tronco formado de huesos anchos y reducido de carnes.

En el cuarto contiguo duerme Camilita, su hija única. Ella y él viven solos en el bohío. La cama donde está acostado tiene la cabecera arrimada a la pared de yaguas. Una persona más cabría fácilmente en la cama. El retrato de su difunta esposa, María, cuelga en la pared de enfrente. La fotografía dentro del marco se ha vuelto un poco amarillosa en la oscuridad del cuarto; hacia el centro, sobre el lugar en que se halla la cara de la difunta, el pelo ensombrece la fotografía, pero más abajo algunos trazos de las facciones se insinúan casi definidos.

El mugido que oye es áspero y débil; le parece venido desde muy lejos. —Debe ser Coronel, —dice bajito, entre los cuatro dientes bamboleantes que le quedan en la boca. El mugido cesa sofocado como por un espasmo en la garganta del animal. Coronel es el más viejo de los dos bueyes de la yunta, los únicos dos bueyes que hay en la finca. Se ha puesto flaco y las lluvias continuas le han afectado mucho este verano; ayer no quiso trabajar en todo el día y se portó como si estuviera enfermo. Don Jaime se dice a sí mismo que debería levantarse para ir a echarle un vistazo; sin embargo, permanece inmutable en la cama. Expande ligeramente el pecho en un suspiro y expulsa el aire que aspira de una lánguida bocanada. —"¿Qué voy a sacar con ir a echarle un vistazo a esta hora de la noche?", —se pregunta Don Jaime.

Vira la cabeza de medio lado y el armario sale al encuentro de sus ojos. En una de las gavetas interiores del armario está guardada la escritura de la hipoteca. No sabe dónde podrá sacar suficiente dinero para pagar el interés anual cuyo plazo se vence dentro de cinco meses. Este año no ha vuelto a coger dinero después de gastar la suma que obtuvo de la hipoteca. Lo que está guardado en la gaveta es una copia de la escritura

hecha a máquina. Le parece tener al notario parado delante de la cama con los ojos fijos en la escritura.

En el bufete, el acreedor y él ocupan sendas sillas frente al buró detrás del cual el notario leía la matriz de la escritura sentada en la silla giratoria: —En la ciudad de Manzanillo a cinco de febrero de mil novecientos treinta y cuatro. Ante mí, Dr. Elpidio Ramírez Lemus, abogado y notario público. . . . las palabras se sucedieron en retahíla sonando indistintamente en sus oídos. La voz del notario poseía un timbre monótono que altergaba sus sentidos; algunas veces resonaba en las paredes de la estancia, indistintas aún las palabras. La voz se le pegaba al oído como si fuera un zumbido dentro de la cabeza; pero, entonces, enderezaba la espalda en la silla y erguía la cabeza para contrarrestar el sopor.

El notario concluyó la lectura y puso el folio sobre el buró. Inquirió de ambos si deseaban decir algo. Días antes el notario le había explicado a cada uno lo que las cláusulas del contrato exigían respectivamente de ellos como acreedor y deudor. Ninguno de los dos habló. El acreedor dijo que no con un leve cabeceo y él encogió los hombros y frunció los labios en una mueca. El notario puso el folio ante el acreedor, que acercó la silla al buró y firmó tres veces: dos medias firmas al margen de las dos primeras hojas y la firma completa sobre la última. —"Si no le pueo pagar los intereses, Don Bienvenido se va'quedar con la finca y entonce'habrá unio toas sus tierras como él quiere", —pensó Don Jaime al tomar en su diestra la pluma que le alargaba Don Bienvenido. —"Hacia tiempo que me andaba atrá'pa'que le vendiera la finca y ahora se la he hipotecao."

—Bueno, compay, ¿y usted'tará contento con el negocio que ha jecho?, —le preguntó Don Bienvenido sonriente, enhiesto en la silla, con los dos brazos caídos sobre los muslos. —Yo sé que nadien me hubiera dao tanto como usted, —respondió Don Jaime. Don Bienvenido reprimió la sonrisa y se llevó a la boca el tabaco encendido que tenía en la mano. Una ligera ráfaga de viento se introdujo entre las hojas del folio y las hacía temblar del mismo modo que temblaba la pluma en la mano de Don Jaime. El notario se levantó de la silla giratoria e inclinó el torso entero sobre casi todo lo ancho del buró par sujetar el folio. Don Jaime corrió el cuerpo hasta el borde de la silla y firmó cada hoja del folio trazando las letras muy despacio y dejando que el peso de la mano y el brazo gravitara sobre el punto de la pluma como medida contra el temblor.

El notario se reincorporó al asiento y firmó las tres hojas del folio; pero dejó de nuevo el asiento cuando fué a entregarle a Don Jaime el cheque de trescientos cincuenta pesos. Los honorarios correspondientes al notario y los gastos adicionales que requirió el trámite legal de la escritura Don Jaime los pagó de su propio bolsillo. Cuando salió de la notaría se encaminó al banco a hacer efectivo el cheque. La mesa alta quedaba a poca distancia de la puerta de entrada del banco. La pluma que tomó del tintero,

puesto sobre la mesa, volvió a temblar entre sus dedos. Al firmar el cheque no pudo cerrar la "e" de Jaime (con dos sacudidas consecutivas del pulso derecho descargó sobre el secante de cartón la tinta que congestionaba el punto de la pluma), ni la "elle" de Llorente (abrió demasiado el resto de las letras para que no le sucediera lo mismo.)

El pagador lucía indiferente detrás de la ventanilla de rejas. Don Jaime le pasó el cheque por debajo de las rejas, sobre el lugar de despacho de la taquilla.

—¿Cómo los quiere?, —le preguntó el pagador.

—¿Eh?

—Sí. ¿Que si quiere cambiar el cheque en tres billetes de cien y uno de cincuenta o cómo usted quiera?

—Anjá. Ya veo. Déme dos billetes de a cien y los demás como usted diga.

La mano derecha le sudaba en el bolsillo, asida al rollito de billetes, mientras iba cruzando la calle Merchán. En la esquina alquiló un Ford viejo para trasladarse a la clínica de la Colonia Española, donde estaba ingresada su mujer—del único modo que pudo sufragar los gastos ocasionados por la enfermedad de María fué hipotecando sus dos caballerías de tierra. Ella se hallaba dormida cuando él llegó y Camilita, que se había quedado a vivir allí como acompañante de la enferma, restallaba al aire sus dedos humedecidos, expeliendo agua sobre un rincón del cuarto de pensionista. —Luz y elevación pa'los espíritus atrasaos. Paz y armonía pa'los espíritus encarnaos, —murmuraba Camilita. Al ver entrar a Don Jaime, Camilita puso la copa de agua, en donde mojaba los dedos, encima de la repisa del lavabo; después, extendió los brazos y se secó los dedos sin descolgar la toalla tendida sobre el toallero. Acto seguido, Camilita metió la mano dentro del escote del vestido y extrajo la cuenta de unas medicinas que había comprado a crédito en la botica esa misma mañana. —Mire, se las mandó el médico a mamá, —ella le dijo. —¡Cojollo! To'son gastos y más gastos. Ayer el cirujano me pidió doscientos pesos pa'operar a María.

Don Jaime vuelve a enderezar la cabeza en la almohada. Algunos mosquitos vuelan a su alrededor. La cama queda al lado de la única ventana del cuarto. Fuera hay una luna llena. Por la ventana se asoma oblicuamente desde afuera una esquina de la caseta del excusado. Don Jaime se dice a sí mismo que el excusado está muy lejos. Cuando le sea imposible aguantar por más tiempo las ganas se orinará en algún sitio ahí dentro del cuarto; cerca de la pared porque así se disimularía mejor el charco formado en el piso de tierra. Si no fuera por los dolores sordos que siente en toda la espalda ya hubiera ido a orinar al excusado. Dado el caso de haber ido, ahora no tendría que levantarse y pudiera seguir acostado para ver si se le quitaban los dolores de espalda y se dormía de una vez.

En la pared de enfrente el retrato de María cobra vida; en torno a él se despeja el cerco de oscuridad que lo envolvía y dentro del marco ovalado reluce un rostro joven

y terso, coronado de cabellos negros. Por causa de la enfermedad su mujer se convirtió en una anciana marchita, pero nunca perdió la fe en los espíritus. Fué ella quien le inculcó a Camilita la creencia en los espíritus; le decía a Camilita que el espíritu está amarrado al cuerpo por un hilo y a él le decía: —Tú no cre'en na, Jaime, por eso te has puesto tan amargao. Su mujer pasó como tres semanas en la clínica. El cirujano no le extrajo el tumor alojado en el pulmón, pues encontró que ya ella tenía ambos pulmones invadidos. El cirujano le dió a María un plazo de seis meses de vida — y tuvo razón porque hace menos de un mes que ella murió en la finca. El entierro consumió la mayor parte del dinero que quedó de la hipoteca.

Don Jaime experimenta unos deseos intensos de orinar y se incorpora en la cama para levantarse. La sensación de un calor tibio debajo de los muslos corta en seco sus movimientos. Sus dos piernas describen un semicírculo en el aire y planta los pies desnudos en el suelo cerca del par de botas. Se calza las botas sin emplear las manos y con los cordones sueltos se levanta de la cama dando tumbos. En ese instante oye otro mugido. —¿Estará enfermo ese condenao? Voy a ir hasta'llá pa'ver qué diablo le pasa.

Don Jaime se quita el calzoncillo húmedo y lo tiende sobre el respaldar del taburete. Después, coge la sábana por la orilla y la atrae hacia él para secarse la humedad alrededor de la ingle y los muslos. El pantalón y la guayabera cuelgan juntos en un solo perchero dentro del armario. Primero se pone el pantalón y después la guayabera. Se hace el nudo de las botas sentado al pie de la cama. Sobre el asiento del taburete yace el sombrero de yarey al lado de las dos medias agujereadas. Antes de ponerse en marcha se cubre la cabeza con el sombrero. A la vez que camino hacia la puerta del cuarto va abotonándose la guayabera. Franquea el umbral y pasa de largo el cuarto de Camilita con la cabeza inclinada sobre la hilera vertical de botones. Sale del bohío al corral y se detiene un momento frente a la puerta del excusado para abrocharse el último botón de abajo.

Oye unos chasquidos rítmicos a cada paso. El rocío de la noche ha humedecido la hierba, que se encorva sobre los márgenes del trillo, y los chasquidos suenan apagados. Deja el trillo y se abre paso a través de la hierba. Recorre un tramo corto y entra al potrero desenganchando la gaza de alambre del portillo. Reengancha la gaza al jan del potrero y parte del alambrado de púas se estremece. Encuentra al buey echado al pie de una ceiba, mirando hacia abajo con el hocico abierto como si tuviera la mandíbula desencajada; cuando mueve la cabeza la baba que derrama profusamente se arrastra en la tierra sin desprenderse del hocico. Don Jaime se arrima al buey y le pasa la mano por la testuz.

—¿Qué cará! Con to'lo chivao que tú anda yo me cambeo por ti en seguidita.

La Habana, Marzo de 1955.

ROGELIO LLOPIS

SOBRE "EL MONTE", DE
LYDIA CABRERA

El nombre de Lydia Cabrera, no es desconocido para los lectores franceses, quienes se han deleitado con los dos volúmenes de sus Cuentos Negros, editados por Gallimard.

Entre éstos, los que saben el español no dejarán de leer también la obra extraordinaria que acaba de publicar bajo el título de "El Monte", que por mi parte encuentro sencillamente apasionante. Como la define el subtítulo, (con demasiada modestia), son "notas sobre la religión, la magia, las supersticiones y el folklore de los negros criollos y del pueblo de Cuba". Pero estas notas son tan ricas, tan abundantes y sobre todo tan inteligentes, van tan lejos en la comprensión entenebrida del alma negra, de la religión y de la metafísica en que ésta se baña, que uno las lee con la emoción que da el relato patético. Y es que a decir verdad, Lydia Cabrera es esencialmente poeta, y en calidad de poeta considera y estudia el folklore que los eruditos enfocan desde el ángulo de la fría información.

Lydia Cabrera ama y comprende a los negros de su país, que frecuenta desde su infancia, conoce los caminos y rodeos más secretos de su mentalidad, ha estudiado y entiende los idiomas de las sectas

en que se dividen sus cultos, el "congo y el lucumi". Por eso cuanto dice jamás se limita a lo pintoresco, sino que, al contrario, por extraño o fabuloso que parezca, es siempre la expresión de una convicción basada en sí misma, y como toda conclusión científica, en una cantidad de observaciones cuidadosamente controlada en el curso de los tiempos. Detrás de cada testimonio de su pensamiento, detrás de la superstición más inexplicable racionalmente, hay una creencia religiosa. Los negros son los hombres más religiosos que existen, pues no ocupándose jamás de lo positivo y de lo racional, comunican directamente con el universo sensible, comunican con la vida universal. Engañados nosotros por la primacía del intelecto, no vemos más que supersticiones en sus costumbres y creencias, cuando la íntima esencia de esas costumbres y creencias es el sentimiento, —siempre vivo y palpitante— de las relaciones que nos unen a las grandes fuerzas de la naturaleza, y lo que largo tiempo se consideró sólo como un paganismo grosero, es una efusión mística, de cierto modo, del corazón y del espíritu frente al inmenso misterio del Cosmos. Las quinientas tantas páginas de este grueso libro de Lydia Cabrera, no son sino la ilustración, (con innumerables imágenes) de esta verdad radical. Y si el negro demuestra tal gusto por la

magia, es que la magia es el único medio que podía el hombre inventar para captar en provecho suyo las fuentes misteriosas de fuerza y de salud que están escondidas en los objetos de la Creación, y para desviar la maldad incomprensible que a veces encubren. Es el instrumento sin el cual le sería imposible comunicar con la naturaleza, ni obtener de los dioses, impasibles por esencia, la indulgencia momentánea, para endulzar su suerte.

Carecemos en Francia de la palabra que traduciría "monte", porque nuestros campos, cultivados, amillanados, fragmentados, ya no tienen nada en común con la naturaleza libre y salvaje que el descendiente de africano encontró en el trópico. Específicamente "el monte" no es la montaña ni el valle, ni el bosque, ni siquiera el matorral o la manigua, (nuestra vegetación es pobre). Es todo esto junto, pero abundante, inextricable, inculto. Es el campo, que se deja libre a lo que Mallarmé llamó un día "la savia inmensa". Toda nuestra civilización se ha propuesto reducir, limitar "el monte", que considera como guardada peligrosa de lo irracional y de lo elemental, en tanto que para el africano representa lo que hay en su alma de profundo y primordial.

Pero prefiero dejar hablar a Lydia Cabrera:

"Persiste en el negro cubano con tenacidad asombrosa, la creencia en la espiritualidad del monte. En los montes y malezas de Cuba habitan como en las selvas africanas, las mismas divinidades ancestrales, los espíritus poderosos que to-

avía hoy igual que en los días de la trata, más teme y venera y de cuya hostilidad o benevolencia siguen dependiendo sus éxitos o fracasos. El negro que se adentra en la manigua, que penetra en el corazón del "monte", no duda del contacto directo que establece con fuerzas sobrenaturales que allí, en sus propios dominios le rodean; cualquier espacio de monte, por la presencia invisible o a veces visible de dioses y espíritus, se considera sagrada.

El Monte es sagrado porque en él residen, "viven", las divinidades. "Los Santos están más en el monte que en el cielo. Son hijos del monte porque la vida empezó allí: los santos nacen del monte y nuestra religión también, nos dice nuestro buen amigo Sandoval, el yerbero, (los fundamentos del Cosmos) se encuentran en el Monte, él nos lo da todo.

El Monte, pues, equivale a Tierra en el sentido de Madre Universal, fuente de la vida."

Al revés de lo que hubiese podido hacer un folklorista de tipo corriente, Lydia Cabrera no intenta diversificar por medio de una descripción más o menos pintoresca los cultos, en efecto, numerosos de los negros de Cuba. En un espíritu de síntesis, cuyo secreto estriba en la simpatía humana, ella reduce a lo esencial estas expresiones múltiples del sentimiento religioso y su libro, rico en una información formidable, es sencillo y cordial, que digo, es sonriente como una charla en un círculo de amigos.

Con una modestia encantadora, habla

en el prefacio, de lo que debe a sus benevolos informantes, de los cuales menciona al menos una docena, curanderos y hechiceros.

"El único valor de este libro", dice "y acepto de antemano todas las críticas que deben hacerse, consiste exclusivamente en la parte directa que han tomado en él los mismos negros. Son ellos los verdaderos autores."

Es posible. Pero no es menos cierto que si Lydia Cabrera no hubiese estado allí para recoger el caudal impresionante de datos, para ponerlos en orden y comprender el valor, y la significación a veces secreta, todo lo que sabían por tradición o por experiencia esas buenas gentes que no saben escribir, un tesoro maravilloso de mitos inmemoriales se perdería para siempre.

Pues, aun cuando otros investigadores hubiesen querido emprender una obra análoga, hubiesen tropezado con la desconfianza intuitiva de gentes que se consideran guardianes de ciertos secretos, no se hubiesen creído con el derecho de divulgarlos. Si Lydia Cabrera ha podido componer un libro semejante, si ha podido imaginar el plan, es porque los "iniciados" han reconocido en ella una persona capaz de comprenderlos e incapaz de traicionarlos, en suma, digna de penetrar en su ingenua masonería. Sí, se trata de una colaboración en el sentido más cordial del término.

Sin la confianza y las confidencias de los negros, Lydia Cabrera no hubiese po-

dido triunfar en su tentativa generosa; sin el genio de Lydia Cabrera, se tendría la tristeza de ver desaparecer en la nada, estos bellos secretos de magia y de poesía. Digo bien: de *poesía*. Pues lo más saliente, en este libro sabroso y entretenido en extremo, es la sinceridad y la naturalidad profunda con que siente y comprenden los negros la poesía. A decir verdad, están impregnados, viven en ella. Todas las reacciones de su psiquismo atestiguan un vitalismo poderoso, inagotable. ¿Cómo no han de ser poetas, quienes se sienten vivir en una especie de simbiosis con todo lo que alienta en torno a ellos: la nube, la planta, la lluvia, el rayo, el viento y la roca? Y sobre todo, el árbol. El árbol, que mineral y vegetal a la vez, aéreo y sólido, es como un resumen de los elementos en medio de los cuales vive. Y en estos árboles, hay dos que son, por decirlo así, más sagrados que otros: la Palmera y la Ceiba.

La Palmera cuyo esplendor evoca la idea de majestad real, la palmera, pararray natural, que a menudo paga con su vida este noble privilegio. Y la Ceiba, que en Cuba todo el mundo respeta, desde un personaje hasta el hombre del pueblo, y que aún los más escépticos e irreligiosos no pueden dejar de considerar un poco, como una persona que hubiese adoptado ese aspecto, para dar a los hombres impresiones de "serenidad y de grandeza".

A cada uno de estos dos árboles excepcionales Lydia Cabrera consagra, como merecen, un capítulo aparte en el que

estudia sus leyendas, sus cultos, las supersticiones de que son objeto, y sus relaciones con dioses y espíritus que se valen de ellos para hacer a los hombres, bien o mal. Desgraciados quienes los ofenden! "Las ceibas se vengán", nos dicen. "Las ceibas no perdonan"... Así raro será el guajiro, y en esto no influye el color de la piel, a quien desde su más tierna infancia se le inculca el temor reverente a estos árboles cargados de leyendas y rodeados de misterio, que tenga el valor de abatirlas.

—Prefiero pasar miseria, dejar a mis hijos sin comer, ¡tantos morirnos todos de hambre! que tumbar una ceiba; es la exclamación invariable del hombre rústico, cuando se trata de suprimir el "árbol de

la Virgen María", del Santísimo, de Oddudua o Aggayú, el árbol de los espíritus."

Y concluye con esta fórmula impresionante: "Árbol dios, más que árbol de Dios."

Habría mucho más que decir sobre este libro extraordinario, sobre todo a propósito de los capítulos consagrados a las yerbas medicinales, y las maléficas.

Aunque el espacio me falta, creo haber dicho lo suficiente para despertar la curiosidad de cuantos sienten simpatía por este pueblo, que trasplantado desde hace más de tres siglos ha guardado en su corazón piadosamente, los recuerdos de su África natal.

FRANCIS DE MIOMANDRE

En una Exposición de Roberto Diago⁽¹⁾

Nuestras manos y nuestros dedos son muy obstinados en convertir una sucesión en lo súbito. Decididos a traer todas las plantas a nuestro jardín, miramos en torno con el convencimiento rotundo del bosque, olvidando, como en el ejemplo mayor, que el bosque no es tan sólo lo que no se ve, sino lo que no existe: un encantamiento. Las distancias temporales de que gozan y agonizan los estilos aparecen resueltas y formales, descargándose en un punto, llegando a nosotros en su última etapa catastrófica. Como la sucesión o desfile de los estilos sería para nosotros un apagado resplandor crepuscular, necesitamos recibirlos en el último semicírculo de la muerte del pez, o cuando esos estilos en un tiempo sucesivo se han descargado por un peso de preferencias por la borda. Esas afortunadas sucesiones son tan necesarias en la era crítica de la suma de los estilos, que recibirlos en su descarga súbita es como la espina olvidada en el pastel de pescado. Pero quien a la hora de crear recibe como súbito lo sucesivo es que el Diábolito le abre demasiado los ojos porque lo quiere perder. Quien con esa astucia incalcificable y soez acude con su bártulo, ve en esa transmutación débil que sólo puede articular una forma momentánea, las hilachas sobrevivientes, un estilo escapado de aquel desfile que se decide a ocupar un lugar impremeditado, desapaciblemente ese fragmento el cuerpo de la jerraquí de las formas. Si un estilo después de su transmutación sigue siendo sucesivo, revela lo atenuado de aquella y al mismo tiempo el destemplamiento, lo incierto del modo en que fueron asimiladas esas sucesiones. Si ya dejamos el nosotros y hablamos de Europa, la transmutación que empuña el artista es el simple trueque de lo sucesivo en lo súbito; siente como todos los accidentes confluyen a la forma necesaria, al diseño de un cuerpo que alcanza las pervivencias de sus contracciones en el tiempo.

En las mejores calidades del artista americano, cartas o crónicas de Indias, churriguera, barroco jesuíta o romanticismo descriptivo (el de Whitman o el de Martí) se alcanzó un signo de justificación en el que sucesivo y súbito jugaron fiel y raya. Y así es necesario igualar en el barroco los regresos de los jesuitas españoles en Italia con los envíos americanos a España, y que ya no regresarán. En la Sacristía de la Cartuja de Granada, se ve las degeneraciones indiscentes de un barroco que rezuma lo mozarabe que trabaja sobre la plata suave y blanda de Indias. Así cuando el zahorí

(1) Al exponer en el *Lycæum*, en 12 de Noviembre de 1948, Roberto Diago, leímos en dicho acto la presentación, que ahora reproducimos con motivo de su fallecimiento, por su propia determinación, ocurrido en Madrid. En ORIGENES, donde se reprodujeron portadas y dibujos de Diago, a lo largo de sus diez años de publicación, se discrepó, en ocasiones, de determinadas actitudes de este pintor, pero en ningún momento la pasión sectaria nos puede hacer olvidar los méritos de una de las figuras más descolantes de su generación. Como un homenaje a su memoria, se insertan en ORIGENES aquellas páginas leídas en una tarde ya un poco lejana.

de siempre intenta que el artista americano se vuelva hacia la luna del arte primitivo, olvida que no puede existir para el americano primitividad del ser sino transposición que es transfiguración más que metamorfosis. Esa primitividad al pretender liberarse de las sucesiones se negaba a su nacimiento, como veremos en un manuscrito persa del siglo XIII, donde aparece una doncella amamantando a un corzo joven y que se iguala con la Hungría actual donde las mujeres amamantan a cabritos y lechones o a las singalesas que amamantan, con delicada voluptuosidad, a elefantes recién nacidos. El americano que quiere hacer primitivismo nos entrega una estilización rezagada y un tardío desvanecimiento. No es lo mismo una estilización en madera de bambara de la cabeza de un antilope que representa la abundancia y la fecundidad que un mito situado dentro del antropomorfismo y rinde una descastada estilización animista. Nuestro yo reminiscente ofrece las primeras cuantías más necesarias que el yo ancestral, de la misma manera que nuestra memoria muscular fideliza lo que la memoria prenatal no logra reencontrar. Encontrar esa primitividad interjeccional por medio del automatismo, significa la ingenuidad de tomar conciencia de la liberación de la censura, lo que representa la más dañina de las evidencias del artista, aquella que le lleva a detenerse en el primitivismo de los comienzos del paisaje de cultura o de su ser, en sus instantes de cansancio tardío, lo que lleva a una estilización animista y al cese de sus resistencias para captar el puro acto de nacimiento.

Si por ese índice encontramos el falso totemismo tomado con una conciencia reconstructora y analítica, el barroco podía venir a abrir su falso refinamiento de pavoreal y de cola de Juno. Porque cuando decimos barroco español o colonial, caemos en el error de utilizar palabras de la historiografía artística del resto de Europa para valorar esos hechos nuestros, de nuestra cultura, totalmente diversos. Compárese el Escorial con la iglesia de San Andrés, en Roma, ambos con el común denominador de barroco y se verán más diversas en su *clan* creador que en su realización formal; o si se quiere el ardor del Monte Sinaí del Greco, con el de una canción báquica del caballero Marini. Cuando Góngora, en unos versos de ocasión, tiene que acercarse al barroco ignaciano dice *ardiendo en aguas muertas, llamas vivas*. Eso sucede en el jesuita cuya raíz es moralizante y severa, dogmática y ascética. Pero el barroco de verdad, el valadero y no el escoliasta, es el español y el nuestro, el que tiene como padre el gótico flamígero, tardío o cansado, y como hijo al churriguera de proliferación incesante. Es el caracol del barroco donde no pudo alzarse la agujeta y donde la inquietud teocrática no pierde al encontrarse con una sequedad de raíces y fué transmitida a la forma que de esa manera termina por ser materia primera, y no la última como la precisaban los tomistas. Porque ese barroco que nos seguirá interesante, no el nuestro, el de la cita de Woelflin y Worringer, doctísimas antiparras de Basilea o de Heidelberg, se formó con una materia, plata o sueño que dió América, y con la forma

deformada entraña y forma de las entrañas, y aliento sobre la forma y rotas diseñadas tripas taurinas, destripaterrones, cejijunteces, sangrientas guardarropías, enanos pornográficos, lagrimones de perlas portuguesas y descarados silogismos. Y todo lo que allí era una vieja forma pintiparada y aquí una materia nueva que se aliaban para incrustar un árbol en un pórtico y así entreabrir un balcón y ver en nuestras ananas un molusco, y sumergirlas en una redoma, para que a través de las refracciones de su temperamento, alcance una forma. Por eso no creeremos nunca que el barroco es una constante histórica y una fatalidad y que determinados ingredientes lo repiten y acompañan. Y los que quieren estropear una cosa nuestra, afirmando que en la cultura griega hubo un barroco y otro en el medioevo, y otro en la China, creen estáticamente que el barroco es una etapa de la cultura y que llega a eso, como se llega a la detención, a la menopausia o a la gingivitis, ignorando que para todos nosotros, en el descubrimiento histórico o en la realización, fué una arribada, un desembarco y un pasmo de maravillas. Pues en España no fué el barroco un estilo que había que valorarlo en presencia o lejanía del gótico, sino como un *humus* fecundante que evaporaba cinco civilizaciones. Fué así una arribada a una confluencia, donde el orgullo de gobierno y la teocracia, impedían el amaneramiento del barroco del resto de Europa (con la excepción del barroco de la venerable coral bachiána). Era también un desembarco, la posesión de una invitación o tentación *incommu*, en que la amistad con estilos visibles, nos llevaba a una paz en lo invisible o para decirlo con Nietzsche a la felicidad en el espíritu de terror. Venían a dejar el pasmo y las maravillas de que al expresarse en aquel barroco, a pesar de las exquisitas diversidades de la inicial y partida, la cifra de un súbito, la expresión de un súbito que rechazaba los olvidos de las sucesiones, las metamorfosis. Se alcanzaba así en él, los sumergimientos, los olvidos, los golpes con la flor de la adormidera utilizados por los griegos, las metamorfosis dictadas por los designios de Jove que transformaban al diocesillo Jacinto en la flor del Jacinto. Se ofrecía no sólo el hilo de Ariadna, el misterio de los enlaces que persigue las más asimétricas mutaciones sino, por el contrario, la transfiguración, cómo el aislamiento del ser en el ser o los pasos duros, secuestrados y misteriosos de las grandes corales, asoman como una respiración que ya no es necesaria para un cuerpo, sino la propia figura que se aleja, parece apoderarse de otro cuerpo no interpretado, desciende, habla con una palabra que había que recoger entre los delfines y los confines, y regresa...

Rodeado de esos tridentes y tentaciones, Roberto Diago mostraba una cortesía que no lograba ocultar su desdén. Como una muestra diestra y sutil de su formación, asiste a la Academia inquietándose, y a la *Escuela libre* con nostalgia del canon y del dibujo de las ideas. En la indetenible flora de Haití, viendo cómo las corolas se sumergen en la tierra bajo el peso de hidrópicos insectos, entreabre de nuevo como un encantamiento el número de oro. Se constituía así la sección áurea en un *daimon*, ángel o

duendecillo, que terminaba conociendo por fugacidades, por apresamientos fugacísimos, pero los que eran todos necesarios, el desconocimiento de la envoltura yeminal y el otro desconocimiento que más nos mira. Los artistas impresionistas y lluviosos han aborrecido los números áureos porque los han visto a través de las secuencias renacentistas de ley, norma o constante (estado, eticidad y física), olvidando que para los antiguos la progresión numeral era tan ensalmo o conjuro como la escala de Jacob. Nadie, sin embargo, podrá derivar que Diago extrae chispas de sequedad a un poliedro neoclásico. Me parece, y es un gusto, ver cómo esa sección no es el andamiaje o tirante sobre el cual enarca la caparazón de formalidades y que se desvanece como la escayola después de la quema del teatracho. Es por el contrario, el aparecido que empuja cuando las visibilidades o eminencias se redondean y afincan, y al cual reconocemos como una modulación que envuelve para extraer, decidiéndose a ocupar *role* de atmósfera fija y vibrante, como el mayor busca ocupaciones decididas en la vibración del plato de cerámica que el niño sintió como terror, pareciéndole injustificada su extinción y sintiendo la violencia de alguna cuchilla que raspaba, hundía y desaparecía.

Es muy voluptuoso en derivaciones que la evaporación de las figuras marche acompañada de su cristalización. Como si la gruta que forma la selvatiquez en campo de gules, propinase la estalactica que casca su secreto. Sus figuras, sus decisiones, adquieren presto la forma de instrumentos que el hombre comunica, entrega, recorre en la continuidad, olvida para reencontrarlos, pero apropiándose esa forma de los objetos colocados sobre nuestro cuerpo, tañidos como por la tercera mano. Las coordenadas para buscar el número de salvación no traen el hueso, frotado con vinagre, cobre y arena, de los cubistas, escapado de su sequía condenada, sino la viola de gamba en la apoyatura de la agujeta partenopea del cuello; el celo lleno de cornisas, rizos y golondrinas. El mismo número, las proyecciones, las abcisas, los consejos leonardescos, permanecen como elementos plásticos y se constiuyen en objetos de provocadora resistencia. Así en aquellos gravísimos consejos de cómo pintar la noche. Primero, un gran fuego, que transmite color a la cosa. Y la hoguera originando las dos grandes sucesiones: la de los vecinos bermejos, que conservan la cercanía del ascua, y los más alejados que sólo se interrogan en las tinieblas. Las figuras que están cerca se recubren con manos y túnicas, vuelven el rostro y reclaman la fuga. Los que poca visión les queda que pertenezcan ya a la hoguera, apareciendo con las manos en tal forma que parece que se cuidan de un resplandor.

Entreabrimos la granada; elaboramos picadillo de cresta y plumas hojosas de gallo. Y alegrémonos de esa vuelta del número áureo como el martillo de plata que golpea el aliento de nuestra nariz en el sueño. El instrumento mismo, apoyándose en nuestro cuerpo, regalándonos otro cuerpo, que es una buena prueba de hilandera, que mira fija, interminablemente a cada hombre.

20 de noviembre de 1948.

JOSÉ LEZAMA LIMA

Ediciones:

ORIGENES

Publicados:

- José Lezama Lima: *Aventuras sigilosas*
Cintio Vitier: *De mi provincia*
Eliseo Diego: *Divertimentos*
Octavio Smith: *Del furtivo destierro*
Fina García Marruz: *Transfiguración de Jesús en el Monte*
Lorenzo García Vega: *Suite para la espera*
Cintio Vitier: *Diez poetas cubanos*
Paul Valéry: *La Joven Parca* (Traducción de M. Brull)
Eliseo Diego: *En la calzada de Jesús del Monte*
Cintio Vitier: *El Hogar y el Olvido*
José Lezama Lima: *La fijeza*
Justo Rodríguez Santos: *La Belleza que el Cielo no Amortaja*
Lorenzo García Vega: *Espirales del cuje*
Mario Parajón: *El teatro de O'Neill*
Ramón Ferreira: *Tiburón y otros cuentos*
José Lezama Lima: *Analecta del reloj*
Cintio Vitier: *Vísperas*
Mario Parajón: *Magia y realidad del teatro*
Roberto Fernández Retamar: *La poesía contemporánea en Cuba*
Fayad Jamis: *Los párpados y el polvo*
Angel Gaztelu: *Gradual de Laudes*
Eugenio Florit: *Asonante Final y otros poemas*

DE PROXIMA PUBLICACION:

Cortesía de la

Textilera Ariguanabo, S.A.

Bautá

CORTESIA DE

El Encanto

SAN RAFAEL Y GALIANO

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

Directora:

NILITA VIENTOS GASTON



Dirección:

DE DIEGO Y LOIZA

Apartado 1142, San Juan, (Puerto Rico)

Subscripción anual \$3.00